

LA SEGUNDA VENIDA



VIDENTE

José Antonio Valenzuela

Contenido

El origen del universo y la evolución.....	1
La religión	18
Filósofos y gurús	34
Los libros que inspiran y confunden	52
Terapias alternativas	63
Señales espirituales	70
Videntes, médiums y sanadores	88
Los profetas y las profecías	99
La primera venida	107
La segunda venida	112

Prólogo

Este libro revela lo que siempre se ocultó a plena vista. Porque nadie lo pudo ver. Porque estaba destinado que se descubriera ahora. Las señales eran claras. El mensaje ya se había dado. Pero nadie lo interpretó. Y a quien lo hizo... nadie lo entendió.

No tengo ningún interés en convencerte de nada. No soy escritor, no soy teólogo, no soy terapeuta. Soy un hombre que un día empezó a recibir mensajes y respuestas imposibles desde un lugar que no está en este mundo, de quien sabe y creó todo. Y cuando entiendas el mensaje, no podrás volver a mirar la vida de la misma manera.

Primero fue una visión mística, después empezaron a llegar respuestas directas y mensajes, dentro de mí, cada vez que hacía una pregunta en mi mente o alguien me preguntaba algo. Una respuesta que no era mía, que no era pensamiento, que no era imaginación. Era una certeza que aparecía en mi mente con una claridad absoluta. Y después, siempre se cumplía.

Ahí entendí que estaba hablando directamente, con el plano espiritual. Con eso que algunos llaman Dios, aunque no tiene forma, ni voz, ni emociones. Lo que me respondía era lo que creó todo esto, lo que escribió cada historia. Y cuando los mensajes vienen de ahí, ya no hay duda posible.

Lo que me transmiten no es una creencia. No es una filosofía. No es una propuesta. Es la Verdad. Sin adornos. Sin metáforas. Sin cuentos. Me han mostrado cómo funciona realmente esta creación. Y cuando digo creación, me refiero a lo que tú crees que es tu vida: tus pensamientos, tus decisiones, tus relaciones, tus emociones, tus éxitos, tus fracasos. Todo eso forma parte de un guion. Está escrito. No lo eliges. No lo controlas. Solo lo vives.

Porque la verdadera realidad no es el personaje. Es quien lo está observando. Esa es la revelación que desmonta todo lo que has oído, leído y aprendido. No estás aquí para hacer nada. No has venido a evolucionar. No tienes que aprender lecciones. No tienes que sanar heridas. Esa idea de que el alma viene a crecer, a evolucionar no tiene sentido alguno, nada más lejos de la realidad. El alma no actúa, no cambia, no mejora. El alma observa. Es conciencia pura. Está dentro y a la vez fuera de este cuerpo. Como quien se pone unas gafas de realidad virtual, parece estar dentro, pero no lo está. Elige ver una historia, una vida que ya está escrita desde el principio hasta el final.

La verdadera espiritualidad es entender lo que realmente somos. La paz solo llega cuando lo comprendes. Cuando dejas de querer cambiar lo que no depende de ti. Cuando dejas de buscar fuera lo que nunca ha estado ahí. Cuando sueltas el esfuerzo constante por entender lo que solo puede ser aceptado. Porque nada de esto es real. Ni el cuerpo, ni el mundo, ni el tiempo, ni lo que crees que sientes. Es una creación perfecta diseñada para parecer verdadera. Y lo es, hasta que unes las piezas del puzzle.

Todo cobra sentido. La pérdida, el dolor, la injusticia, el fracaso. Todo forma parte del guion. Lo que tú ves como errores, el plano espiritual lo programa como escenas necesarias. Todo tiene su lugar. Nada sobra. Nada está fuera de sitio. Y aunque tú creas que has elegido cosas, en realidad solo has caminado el camino que ya estaba marcado.

Eso lo he visto una y otra vez. En mi vida. En la vida de quienes me consultan. En señales imposibles de ignorar. En palabras que aparecen en mi mente cuando alguien me pregunta por algo de su vida, de su futuro. Y en cada una de esas veces, lo que he recibido se ha cumplido. No porque yo sea especial, sino porque me han abierto la puerta. Me han permitido saber cómo está escrito todo esto.

Por eso hablo. Por eso escribo. No porque tenga teorías, ni porque me crea alguien especial. Hablo porque me han mostrado lo que nadie está diciendo. Y me han explicado literalmente lo que a otros le han mostrado metafóricamente. Los que han estado cerca de la muerte. Los que han tenido visiones, sueños premonitorios, apariciones. Porque todo eso son señales del plano espiritual que están contempladas en el guion. No son la verdad, pero son necesarias para entenderla.

Y por eso te hablo así. Claro. Sin rodeos. Sin palabras dulces. Porque ya hay demasiada gente hablando para quedar bien. Ya hay demasiados gurús vendiendo libros de autoayuda. Ya hay demasiadas doctrinas diciéndote que tú creas tu realidad. No es verdad. Nunca lo fue. Tú no creas nada. Tú alma solo observa lo que ya está creado. Esa es la Verdad que nadie ha conseguido ver, y cuando la entiendas, se caerán todas las teorías a las que tantas vueltas les diste.

Este libro no es un curso. No es un camino. No es un método. No es espiritualidad disfrazada. Es un corte limpio. Una ruptura con todo lo anterior. Es un mensaje directo para el que ya no se traga más sinsentidos. Para el que está harto de buscar. Es una entrega. No de mi parte, sino del plano que me habla, de Dios. Y si te llega, es porque tú también estás en ese punto.

Sé que va a molestar. A los religiosos, porque no confirmo ninguna doctrina. A los espirituales, porque no endulzo el ego. A los terapeutas, porque no prometo transformación. A los escépticos, porque no se puede explicar desde la ciencia, aunque, gracias a mi videncia, gracias a poder conocer el destino, puedo demostrar lo que los demás no pueden, ni podrán contradecir. Porque indiscutiblemente si todo está escrito, nada tiene que ver con lo que siempre nos han dicho.

Pero da igual. Esto no es para ellos. Es para quien ya no necesita teorías, ni promesas. Es para quien solo quiere la Verdad, aunque duela.

Y la Verdad es esta: nada de lo que crees eres tú. Nada de lo que vives lo decides tú. Y solo cuando aceptas eso, aparece algo que nunca habías sentido: paz. No una paz que dependa de lo que pasa. Una paz que permanece. Porque no viene de aquí. Viene de ver todo desde fuera.

Así que si estás leyendo esto, no es casualidad. Nunca lo fue. Si el libro ha llegado a tus manos, es porque estaba escrito que lo leyeras. No porque tengas que cambiar tu vida. Sino porque ha llegado el momento de entenderla.

Este libro no es mío. Es del que lo necesite. Y si lo que lees aquí te atraviesa por dentro, entonces ya sabes que es para ti. Porque la Verdad no convence. La Verdad se reconoce.

El origen del Universo y la evolución.

Desde el principio de los tiempos, el ser humano ha querido saber de dónde viene todo. Ha inventado teorías, mitos, fórmulas. Ha dicho que todo empezó con un estallido, con una explosión de energía, con la expansión de un punto sin materia. Le llamó Big Bang. Y convirtió esa idea en el nuevo Génesis. Pero esa explicación no responde nada. Porque nada hubo antes. No hubo una chispa. No hubo un origen, solo un comienzo.

Nos han dado un discurso que suena técnico, profundo, científico... pero no es más que una nueva mitología. Una forma moderna de decir: “No lo sabemos, pero necesitamos un relato convincente.” Cambiaron a los dioses por fórmulas, al paraíso por la singularidad, a la creación por una explosión cósmica. Pero siguen sin ver.

La verdad es simple, pero nadie la supo ver: el universo no tiene origen. Porque no es real. Esta creación que vemos, tocamos y medimos, no surgió de la nada. Fue diseñada y programada. No emergió de la energía, ni de la casualidad. Fue escrita como una ficción perfecta. Una simulación, una película con personajes y entorno virtual. Igual, podríamos decir, que las personas creamos con inteligencia artificial, solo que con la perfección de “la inteligencia espiritual”. Cuyo único propósito es que el alma experimente emociones. Nada más.

El alma no necesita saber de dónde viene la creación, porque el alma no está dentro de ella, y porque es quien la crea. No nació aquí, no viajó aquí. Solo observa desde fuera esta representación. El guion de una historia perfectamente orquestada, con inicios y finales que no son reales, solo aparentes. No hay pasado cósmico. No hay futuro galáctico. Hay una única obra: un mundo en el que cada alma contempla como espectadora absoluta, a través de cada uno de sus personajes. Creado de principio a fin.

Y cuando se comprende esto, se desmonta todo el esfuerzo humano por explicar el comienzo. Porque no hay comienzo. Hay guion. Hay escena inicial, sí, pero como parte del relato. No porque algo realmente empezó. Lo mismo que una novela tiene una primera página. O una película, su primera escena. ¿Eso significa que el universo de la novela comenzó en ese momento? No. Significa que así fue escrita para parecer que comienza ahí.

Todo lo que se ha dicho sobre el origen —desde lo que cuentan las religiones hasta lo que calculan los científicos— no vale. Todo eso nace dentro del guion, de la programación. Y lo que nace dentro, no puede explicar lo que hay fuera. Es como intentar entender quién hizo el videojuego desde uno de sus personajes, que vive dentro de ese mundo, de esa obra. No se puede. Todo lo que piensan, todo lo que formulan, todo lo que creen descubrir, forma parte de la misma película. No importa si lo visten de fe o de ciencia. Siguen dentro del programa. Hablan de principios, de explosiones, de dioses creadores, pero todo eso está escrito. El tiempo, el espacio, la materia... todo es imaginación del creador. Solo parece real mientras lo estás viviendo. Pero no lo es. La única realidad es el alma que observa a través de un personaje, de una vida, pero está fuera. Lo demás es pura ilusión con apariencia de lógica. Y por eso nunca han llegado a la verdad. Porque buscan dentro lo que solo puede entenderse desde fuera.

Y ese es el error. Porque el origen no puede explicarse si el universo es solo una película. Porque una ficción no se origina desde dentro de la imagen, sino desde la fuente que la emite. Y esa fuente no es accesible desde aquí. No tiene tiempo. No tiene causa. No tiene principio. Es el plano desde donde se programa todo esto. Lo que yo llamo: el plano espiritual. El único mundo que existe. El único mundo real. Todo lo demás, incluido este supuesto universo, es creación.

Por eso no hay que preguntarse más “de dónde venimos” o “cómo comenzó todo”. Esa pregunta no la responde ningún sabio, ni científico, ni religión, ni canalizador. Porque no tiene respuesta dentro de la obra. Solo tiene comprensión cuando abres los ojos y aceptas lo que nadie quiso aceptar: que esto no empezó. Esto fue creado a partir de un momento donde ya estaban los personajes, para ser “vividos”. No hay un antes, porque no hay un proceso. No hay evolución, ni accidente, ni línea temporal que explique la aparición del mundo. Lo que hay es una escena inicial, cargada ya de historia, de huellas, de estructuras aparentes, pero ninguna de ellas real. Todo es virtual.

Ni dinosaurios, ni meteorito, ni evolución humana. Se programan los fósiles, se programan los restos de los antecesores del hombre, sí, pero nada más. No porque haya un engaño, sino porque todo forma parte de la ambientación del relato. Igual que en una película de época se colocan objetos antiguos, ropas viejas, libros con polvo, mapas antiguos, ruinas. Todo está hecho para simular que ha habido un pasado, pero ese pasado no ocurrió. Solo fue escrito para parecer que ocurrió.

Los huesos que se encuentran no cuentan una historia real, sino una historia ya escrita. Las cadenas de ADN no evolucionan: están codificadas desde el inicio. El llamado “proceso evolutivo” es solo parte del guion. Las capas geológicas, los rastros de carbono, los vestigios arqueológicos... todos son decorado. Sirven para sostener la coherencia de la escena, pero no demuestran origen alguno. Solo aparentan profundidad.

La humanidad cree que descubrió el pasado. Pero lo único que ha hecho es interpretar un guion. Porque todo está puesto ahí. El universo no tiene historia. Tiene guion. Y el guion no se construye desde dentro. Solo se contempla. Lo que hoy se estudia como historia de la Tierra o del hombre, no es más que una

narrativa introducida para que el personaje humano pueda vivir su papel con intensidad. No hay pasado. Hay diseño. Hay guion.

Todo lo que hay —galaxias, materia, tiempo, energía, leyes físicas— no son más que códigos. Códigos visuales, emocionales, narrativos. Como en una película o en un videojuego. Pero con una diferencia: el espectador es eterno. Y no está aquí para buscar el origen. Está aquí para mirar lo que se le muestra. Y puede discernir que no es real. Esa es la única comprensión posible. Todo lo demás es ruido de fondo.

La ciencia ha intentado explicar cómo empezó todo. Llevan siglos cambiando las versiones. Antes decían que el universo era eterno. Luego, que tuvo un principio explosivo. Ahora dicen que quizá no fue una explosión, sino una expansión de algo que ni saben definir. Lo llaman "Big Bang".

Unos científicos dicen que todo vino de un punto. No saben qué punto. Ni por qué. Solo inventan nombres. No saben. Porque no pueden saber. Solo describen lo que creen que pasó después. Y para lo anterior, inventan términos como “fluctuación cuántica del vacío”. Un vacío que, paradójicamente, lo contiene todo.

Otros hablan de una “inflación cósmica” rapidísima que nadie ha podido ver. Dicen que hubo una aceleración instantánea del universo, tan veloz que desafió su propia lógica física. Lo necesitan para que las cuentas salgan. Pero nadie sabe de dónde vino esa inflación ni qué la activó. Es como decir que la película empezó sola, sin director ni guion.

Algunos científicos reconocen que esta creación parece demasiado precisa. Entonces inventan el “multiverso”: quizá hay infinitos universos paralelos, cada uno con distintas reglas, y el nuestro es solo uno más. Una excusa elegante para no aceptar que hay diseño. Y como no pueden demostrarlo, lo convierten en hipótesis filosófica camuflada de ciencia.

También están los que dicen que esto es cíclico: que el universo se expande y luego colapsa sobre sí mismo, una y otra vez. Lo llaman “modelo oscilante”. Pero no explican cómo puede volver a empezar algo que ya fue destruido. No saben de dónde viene la energía para otro ciclo. Solo repiten que “podría ser”.

Otros —cada vez más— empiezan a sugerir que esto es una simulación. Que la materia no es real. Que lo que vemos es una ilusión codificada. Hablan del universo holográfico. De dimensiones que no podemos ver. De que todo lo que parece tridimensional está proyectado desde una superficie lejana. Pero no se atreven a decir quién proyecta. Se acercan a la verdad, pero sin nombrarla.

Y están los físicos cuánticos. Dicen que quizá el universo surgió por azar, como una fluctuación cuántica. Que no necesitó causa. Que puede haberse creado “a sí mismo”. Algunos como Hawking llegaron a afirmar que, si entendemos cómo funciona el universo, no necesitamos a Dios. Pero ¿quién definió ese funcionamiento? ¿Quién escribió la lógica del átomo, del tiempo, de la luz?

La ciencia moderna es precisa en lo pequeño, pero ciega en lo esencial. Se atreve a nombrar el origen sin saber qué es el origen. Se mueve dentro de la película, intentando explicar cómo se desarrolló cada escena, pero sin aceptar que hay un guion.

No es que estén mal. Es que no pueden ver más allá del escenario. Se equivocan no por lo que descubren, sino por lo que asumen. Porque siguen creyendo que hay evolución, que hay azar, que hay posibilidad. Y no lo hay. Todo está escrito. El universo no surgió: fue programado, completo, como una escena cerrada. No hay expansión real. No hay principio real. Lo que parece nacer, ya estaba en el guion.

Lo que llamamos universo no es una sustancia. No es una realidad externa que existe por sí misma. Es una escena, una representación visual y sensorial construida con una perfección tal que parece real. Pero pensar cuando o como se creó el universo, es como pensar que hay antes del comienzo de un sueño. Un videojuego está diseñado para parecer infinito, complejo, tangible. Pero no hay nada antes, nada detrás.

Cuando un físico describe una galaxia, cuando un astrónomo mira un cúmulo estelar, cuando un matemático traza funciones para explicar el comportamiento de la materia... ninguno se da cuenta de que están observando una escenografía. Un decorado milimétricamente programado. El hecho de que se repita, de que tenga patrones, de que pueda medirse, no lo convierte en real. Lo convierte en verosímil. Como una película perfecta.

Cada átomo, cada partícula, cada elemento de la tabla periódica, cada variable cuántica o gravitacional, son el código de una creación pensada para simular profundidad. La materia no tiene fondo. No hay nada detrás del átomo. No hay esencia. Por eso, cuando los científicos buscaron dentro de la materia, encontraron vacío. Porque no hay nada. Todo es símbolo. Todo es interfaz. La materia es apariencia.

Lo mismo ocurre con las leyes físicas. No son descubrimientos. Son normas del programa. Reglas escritas en el guion para que la obra sea creída, vivida con la intensidad que el alma, como espectador desea. Pero no son leyes universales. No son eternas. Son válidas aquí. Solo aquí. En este guion. Y cambian cuando el guion lo dicta. Cambian con la escena. Porque todo está al servicio de la experiencia emocional del personaje, del hombre.

Pero el hombre no lo sabe. El hombre, cuando observa el cielo, cree estar mirando algo que existe. Cuando se maravilla con el orden de las galaxias o con la precisión de la física cuántica, cree

estar acercándose a una verdad profunda. Pero no se acerca a nada. Solo se pierde más. Porque cuanto más perfecta es la escenografía, más convincente es la ilusión.

Y así funciona esta creación. Cuanto más se investiga, más se aleja uno de la Verdad. Porque todo aquí está escrito para parecer profundo. Para parecer real. Para simular evolución, inteligencia, complejidad. Pero todo es ficción. Solo sirve para una cosa: para representar. Representar escenas, emociones, conflictos, silencios. Todo para que el alma lo contemple.

Por eso no hay materia. Hay forma. Hay estructura. Hay imagen. Pero no hay realidad. Lo que hay es una creación: inmensa, coherente, precisa. Pero creación. Como una película sobre la pantalla. No se puede entrar en ella. No se puede modificar desde dentro. Solo se puede ver. Y al verla, comprender que uno no está dentro. Está fuera. Observando. Como alma.

La ciencia moderna se presenta como el faro del conocimiento, como el método más riguroso y objetivo para comprender la realidad. Pero parte de un error tan grande como el de las religiones antiguas: cree que lo que observa es real. Y sobre esa base falsa, construye todo lo demás.

El científico mide, observa, compara, formula hipótesis, establece leyes. Pero no se da cuenta de que todo eso ocurre dentro del escenario. Que no está observando la realidad, sino la función.

Todo lo que la ciencia considera como "descubrimiento" no es más que una escena más del guion. No hay hallazgos. Hay simulaciones de hallazgos. Porque todo eso ya estaba escrito. Estaba previsto. Estaba programado. El supuesto avance no es tal. Es solo parte de la trama. Como en una serie de televisión: cuando el protagonista resuelve un misterio, no está descubriendo nada. Está siguiendo el guion.

Cada teoría científica que se presenta como un logro humano es, en realidad, un giro más del relato. Y así, las teorías nacen, brillan, se defienden, y luego caen. Porque eso también está escrito. Newton creyó haber explicado el universo con sus leyes del movimiento. Luego llegó Einstein, y esas leyes se volvieron incompletas. Después apareció la física cuántica, y lo anterior pareció infantil. Y ahora ya empiezan a surgir nuevas corrientes que cuestionan a la cuántica. Siempre igual. Porque la ciencia no llega nunca. Porque no hay nada a donde llegar. Solo hay una sensación de avance. Un espejismo de progreso.

La ciencia no comprende esto porque está atrapada en la mente. Cree que pensar es comprender. Cree que observar es descubrir. Cree que acumular datos es acercarse a la verdad. Pero la verdad no se descubre con datos. La verdad solo se ve cuando se sale de la escena. Y la ciencia no puede salir. Porque ella misma es parte del guion.

Por eso el científico nunca podrá encontrar el origen, ni la causa primera, ni la sustancia fundamental. Porque no hay tal sustancia. No hay causa. No hay origen. Hay programación. Hay escritura. Hay apariencia. Pero eso no se puede medir. Solo se puede ver cuando uno deja de creer que mide. Cuando uno se detiene. Cuando uno calla.

La ciencia quiere entenderlo todo, pero no entiende que está dentro de un sueño. Y dentro de un sueño no se puede explicar el mundo. Solo se puede despertar. Y ver que nunca estuviste allí. Que todo lo que parecía real era parte de la historia. Que el laboratorio, el telescopio, el experimento, el genoma, el acelerador de partículas... todo era escena. Todo era ficción. Y la verdad estaba fuera. Siempre fuera. Como el alma que mira, en silencio.

Históricamente, la religión fue el gran árbitro de la verdad. Los sacerdotes dictaban lo que era y lo que no era, lo que debía creerse, lo que estaba permitido investigar. El dogma no se discutía. Se aceptaba. Porque venía de lo alto, de una autoridad invisible, incuestionable. Así funcionó el mundo durante siglos. Hasta que llegó la ciencia moderna, proclamando que había llegado la hora de la razón, del experimento, de la observación objetiva. Parecía que la humanidad al fin se liberaba del oscurantismo religioso. Pero el mundo siguió igual.

Hoy, el sacerdote ha sido reemplazado por el divulgador científico. La Biblia ha sido reemplazada por los artículos de investigación. El púlpito por las plataformas digitales. Pero el mecanismo es el mismo. Creer sin ver. Repetir lo que dicen los expertos. Ridiculizar lo que no encaja. Perseguir la herejía con nuevas formas. La ciencia se convirtió en la nueva religión. Con sus dogmas, sus tabúes, sus líderes. Con sus premios Nobel en lugar de santos. Con sus congresos en lugar de concilios.

Y lo más grave: con su misma ceguera. Porque también la ciencia ha sido escrita dentro del guion. No está observando el exterior. Está dentro. Juega el mismo papel que antes jugaron los sacerdotes, los sabios, los rabinos, los místicos. Cumple su función: dar explicaciones. Mantener ocupada la mente. Sostener el relato de que estamos avanzando, que estamos comprendiendo, que algún día descubriremos el secreto del universo. Pero no hay secreto. Porque no hay universo real. Solo hay proyección.

El problema es que la ciencia, al igual que las religiones, ha sido revestida de autoridad. De superioridad. De verdad absoluta. Si un científico lo dice, es cierto. Si una ecuación lo demuestra, es ley. Si un laboratorio lo comprueba, se publica y se repite. Y todo lo demás, todo lo que no encaja, se desecha, se desprecia, se niega. Así funciona una religión. Y así funciona hoy la ciencia.

La diferencia es solo estética. En lugar de túnicas, batas. En lugar de procesiones, simposios. En lugar de milagros, avances tecnológicos. Pero es el mismo espíritu: imponer una verdad sin tener en cuenta lo que la cuestiona. No saben lo que es el alma. No saben lo que es observar desde fuera. No saben lo que es ver sin medir. Porque no pueden. Porque no les toca.

Y por eso se ríen de lo que no entienden. Desprecian la canalización, lo invisible. Lo que no pueden explicar. Lo que desmontaría toda teoría científica: sueños, visiones, premoniciones, apariciones, profecías, milagros. Llamen pseudociencia a todo lo que no controlan. Como antes llamaban herejía a todo lo que no encajaba en el dogma. Porque no han cambiado. Solo han cambiado las herramientas. Pero siguen atrapados en el mismo guion.

Por eso la ciencia no puede liberar a nadie. Solo puede entretener. Asombrar. Prometer. Pero no puede mostrar la Verdad. Porque la Verdad no está en las fórmulas. Está en el discernimiento. En el punto exacto donde uno deja de mirar el mundo como algo real y empieza a ver desde fuera, como un espectador. Y eso no se enseña en universidades. Ni se publica en revistas científicas. Solo se recibe cuando toca. Como ahora.

Y por eso he escrito este libro. Para decir lo que ningún científico puede decir: que todo eso que estudian, todo eso que proclaman, todo eso que miden... es parte de una programación. De una realidad virtual. Que la ciencia también fue escrita. Y que solo quien deja de adorarla, puede ver lo que hay detrás. Que lo que no pueden demostrar, puedo demostrarlo, porque me han dado las herramientas: La canalización.

La ciencia corre. Corre para descubrir, para entender, para predecir. Corre con aparatos, con teorías, con simulaciones. Corre como si tuviera que llegar a algún sitio. Pero el alma no corre. El

alma no compara, no mide, no experimenta. El alma no necesita entender nada, porque no forma parte de este guion. No está atrapada en esta película. No está afectada por lo que ocurre aquí.

El alma contempla. Solo eso. Contempla cómo el personaje corre, cómo busca, cómo se desespera por comprender. Contempla el teatro de la ciencia y sus rituales. Contempla la arrogancia del conocimiento acumulado, los congresos, las hipótesis, las ecuaciones. Contempla sin juicio. Porque nada de eso es real. Porque son las almas las que lo han creado, programado.

La ciencia cree que al estudiar el universo está estudiando el Todo. Pero no sabe que solo está observando una realidad virtual, una programación. Y el alma sabe lo que es: una ilusión. Una representación precisa, pero irreal. Como un sueño. Como un holograma.

Por eso el alma no pregunta. No espera resultados. No se interesa por las respuestas. No necesita explicación alguna, porque su único papel es ver. Ver lo que ocurre sin intervenir. Ver cómo todo se desarrolla según el guion. Ver cómo cada personaje hace su parte: el científico, el filósofo, el creyente, el escéptico... Todos forman parte del espectáculo. Todos actúan sin saber que actúan. Y eso es la maravilla de la creación. Porque eso es lo que el alma contempla.

La mente quiere entender. Pero la mente está programada. Solo sabrá lo que en el guion se determine. El alma ya sabe. Solo observa sin identificarse. Esa es su naturaleza: observar. No actuar. No transformar. No evolucionar. Solo mirar.

Por eso toda búsqueda es absurda. Toda teoría es innecesaria. Todo intento de explicar el universo es ruido. Solo hay una comprensión que libera: discernir que el alma no busca, no aprende, no evoluciona. Solo presencia la escena. Y en ese

momento, todo se nos cae. Todo pierde importancia. Porque lo único que importa es comprender. Aceptar. Encontrar la paz.

No con más datos. No con más libros. Abriendo los ojos. Con la certeza absoluta de que esto no es real. Y esa certeza no se consigue. Se revela. Cuando uno deja de buscar. Cuando uno acepta que no hay nada que descubrir.

Y eso, que parece tan simple, es la verdad más grande que nunca fue dicha por la ciencia. Ni por la religión. Ni por los grandes pensadores. Ni por los gurús. Ni lo será. Porque la quieren explicar. Y la verdad no se explica. Se ve. O no se ve. Pero solo el que deja de correr, la ve.

Lo que parece un cosmos inmenso no es más que una interfaz, una representación visual para que el personaje humano crea que vive dentro de algo real. Y lo que se ha llamado ciencia no es más que el instrumento que mantiene esa creencia activa, creíble, convincente. Por eso ambas cosas —el universo y la ciencia que lo estudia— forman parte de un mismo sistema de ilusión.

La escena es perfecta: partículas que cambian de comportamiento según son observadas, galaxias que se alejan, células que mutan, cerebros que procesan lenguaje... todo parece real. Pero todo es programación. Escenas virtuales que responden a reglas internas del guion, no a leyes universales. Y la ciencia, en lugar de cuestionar la propia escena, se dedica a analizar sus efectos. Como si en un juego de ordenador alguien se obsesionara por entender cómo respira un personaje animado. No lo entiende porque no hay nadie respirando. Es ficción.

Por eso el universo no es la base de nada. Ni la ciencia la vía hacia nada. Son dos piezas del mismo mecanismo ilusorio. Y están diseñadas para mantener la mente del personaje ocupada. Para que nunca mire hacia fuera. Para que nunca se detenga. Para que

nunca sospeche que lo que estudia no es lo que es, sino lo que se le hace ver.

Y esa es la trampa perfecta. La que ha hecho creer a los sabios modernos que entienden el universo, mientras siguen atrapados en la pantalla. Como si el videojuego pudiera explicarse desde un avatar. Como si el personaje del sueño pudiera entender lo que hay fuera del sueño. No puede. Porque no está hecho para eso.

La ciencia y el universo están diseñados para parecer dos cosas distintas: lo observado y el que observa. Pero ambos son parte del guion. Ambos son código. Ambos son escena. No hay separación real. Solo diseño. Solo simulación. Solo experiencia. Y todo al servicio de lo único verdadero: el alma que observa sin intervenir.

Y cuando se ve esto, cae todo. Caen las teorías, caen los dogmas, cae el afán de descubrir. Porque ya no se necesita explicar lo falso. Solo se necesita discernir que es falso. Y al hacerlo, se ve lo único que estaba oculto: que el universo y la ciencia nunca fueron reales. Solo eran parte del escenario escrito. Como todo lo demás.

La biología moderna afirma que todo lo vivo es el resultado de una progresión ciega: moléculas que se organizaron, células que se agruparon, órganos que se especializaron y cerebros que aprendieron a escribir libros. Pero cuando se analiza con detalle cada supuesto “salto evolutivo”, se descubre que ninguno es explicable sin apelar al azar improbable.

La evolución no existió. El hombre apareció en escena. Todo lo demás son teorías disfrazadas de ciencia. Ideas decorativas que nunca nos llevarán a ningún sitio. No hay proceso. Hay guion. Y el guion no necesita ensayo.

Ninguno de nuestros órganos se desarrolló por partes. O funciona todo a la vez, o no funciona. Todo tiene que estar desde el principio. No hay margen de espera. Darwin lo sabía. Lo escribió. Pero no rectificó. Prefirió creer que algún día alguien lo explicaría. A día de hoy, nadie lo ha hecho.

Y no es solo nuestro cuerpo. Es todo. Todos los seres vivos. El ADN con sus instrucciones precisas. No hay versión intermedia. No hay error que lleva al acierto. Hay código. Y un código no muta por necesidad. Se ejecuta cuando le corresponde.

Y si de fósiles hablamos, el error es más evidente todavía. De vez en cuando... se encuentra lo que no deberían encontrar. Lo que contradice por completo el relato. ¿Qué hacen ahí? La ciencia oficial responde con lo de siempre: “error”, “anomalía”, “falsificación”. Y cuando no pueden desmontarlo, lo ignoran. Porque el sistema no puede aceptar que el relato se rompa.

Pero no solo en la materia hay grietas. También en la biología más directa. Por ejemplo, el cuerpo humano puede sanar solo por creer que ha sido tratado. Se llama efecto placebo. Y no es una superstición. Es un hecho medido. Incluso cuando el paciente sabe que está tomando una pastilla falsa, el cuerpo responde. La presión arterial baja, el dolor desaparece, el sistema digestivo mejora. ¿Cómo puede una creencia alterar un sistema físico? Nadie lo sabe. Lo estudian, lo reconocen, pero no lo explican. Porque no es el cuerpo quien sana. Es la escena la que cambia.

O la memoria migratoria de ciertos animales. Aves que recorren miles de kilómetros y vuelven al mismo nido. Tortugas que regresan a la misma playa donde nacieron. Mariposas que viajan durante generaciones hasta llegar al mismo árbol en México. ¿Cómo lo hacen? Nadie lo sabe. Se proponen hipótesis: campos magnéticos, feromonas, instinto, sol... pero nada lo explica del todo. Porque no es instinto. Es programación. Es

destino. Cada ruta ya está escrita. Cada giro ya está previsto. Como todo en esta película.

Y si hay algo que aún los deja sin respuesta es la conciencia. No saben qué es. No saben de dónde surge. No saben por qué existe. A eso lo llaman “el problema duro”. Porque no hay conexión directa entre neuronas y experiencia subjetiva. Puedes medir actividad cerebral, sí. Pero no puedes explicar cómo eso se traduce en una emoción, un pensamiento o una sensación. ¿Por qué te duele la tristeza? ¿Por qué sientes belleza al oír una canción? No hay respuesta. Porque no es el cerebro el que siente. Es el alma que observa lo que el guion le hace sentir.

Y por eso la ciencia, igual que la religión, es solo una capa de la programación. Dice no ser fe, pero pide confianza. No viste sotana, pero exige obediencia. Y cuando no sabe algo, responde con la misma frase que usaba el sacerdote medieval: “confía, ya se sabrá algún día”.

Cuando el bosón de Higgs no aparece, lo inventan. Cuando la materia oscura no cuadra, inventan la energía oscura. Cuando un fósil incomoda, lo almacenan. Siempre adaptan los datos al dogma. Nunca al revés.

Porque el sistema no busca verdad. Busca estabilidad. Necesita que el personaje siga creyendo en el relato. Y para eso, ha creado una élite: universidades blindadas, revistas intocables, premios que se entregan entre ellos. Allí se decide qué es real y qué no. Y lo real, por definición, es lo que el sistema valida. No lo que existe. Lo que encaja.

Pero el alma no necesita encajar. No busca respuestas. Porque no forma parte de la escena. Solo la observa. Y por eso, la pregunta por el origen solo tiene sentido si crees estar dentro. Solo quien se identifica con el personaje quiere saber de dónde vino.

Pero cuando comprendes que tú no eres este cuerpo, ni este cerebro, ni esta historia... la pregunta desaparece.

Porque no hay origen. Hay activación. El alma no entra al universo. Solo se conecta a un mundo virtual. A un personaje de esa creación. Como el espectador que se pone las gafas de realidad virtual. No necesita saber cómo se hizo la película. Solo la contempla. Y vive lo que ve.

Por eso la vida no surgió. Fue colocada. Como todo lo demás. El bebé humano no nace débil por accidente. Nace así para vivir dependencia, miedo, apego. El pez no nada en grupo por lógica biológica. Lo hace porque así está programado. El ganso no vuela en V porque aprenda geometría. Lo hace porque responde a señales que ni siquiera sabe que existen.

Y por eso, todo este universo no es un proceso. Es una perfecta programación. Lo que llamas “realidad” es una escena perfectamente construida. Con reglas, con cuerpos, con leyes, con memoria, con ciencia. Pero todo es escenario. Imagen. Como en un sueño. Como en un videojuego. Como en una película que empieza justo cuando ya todo está preparado. Y el primer fotograma es este: el hombre sobre la Tierra. Pensando, sufriendo, buscando sentido. Con inteligencia, miedo, alegría, deseo, y una idea fija: hay algo más.

Eso es lo que hay que ver. No para actuar. No para entender. Solo para dejar de buscar.

Porque el alma no evoluciona. No sana. No mejora. No empieza ni acaba. Solo mira. Y todo lo que ve —ciencia, historia, planeta, cuerpo, pensamiento— está escrito. No hay libre albedrío. No hay azar. No hay pasado.

La conciencia no nace de la materia. La materia nace dentro de la conciencia.

Y cuando abras los ojos verás el decorado. Porque despertar no es entender algo nuevo. Es dejar de creer lo de siempre. Es parar de hacerte la misma pregunta. Y quedarte en el único lugar donde todo es claro: el fondo antes de cualquier forma.

Ese es el verdadero origen. Y se puede demostrar. Se puede ver. Porque se puede saber. Los videntes vemos el destino, el guion. Y si hay guion no hay realidad, bueno si, una realidad. El alma y su creación.

La Religión

El hombre siempre ha querido encontrar sentido a lo que le supera. Al ver la muerte, el dolor, la belleza o la injusticia, inventó figuras que explicaran lo inexplicable. Entre ellas, la más poderosa: un Dios que vigila desde fuera, que decide lo que ocurre, que premia al bueno y castiga al malo. Y con esa imagen se construyó la base de todas las religiones. Pero ese no es Dios.

El verdadero Dios no es un ser con forma, ni emociones, ni voluntad. No necesita que lo alaben. No está en el mundo. Es quien lo crea. Lo que llamamos Dios no es alguien, sino algo: el conjunto de las almas. La conciencia eterna. El plano espiritual que, sin estar dentro del relato, lo programa para que sea vivido como real.

Igual que el conjunto de personas forma lo que llamamos “la humanidad”, el conjunto de las almas es lo que llamamos Dios. Y su mundo es lo que denominamos plano espiritual, el único mundo que existe. El único mundo real. Y como los hombres creamos películas para emocionarnos viéndolas, en el plano espiritual se crean mundos virtuales, con personajes y vidas completas, para observarlas desde dentro. El alma no actúa. No interviene. No cambia el argumento. Solo contempla.

El error fue pensar que esa conciencia necesitaba ser adorada, complacida u obedecida. Que enviaba castigos, bendiciones o pruebas. Esa idea no viene del alma, viene del guion. De la necesidad de sus personajes de sentir que hay justicia, que hay sentido, que todo depende de algo superior, de algo que sabe, controla y castiga o premia. Pero lo que realmente somos, nuestra conciencia, no está desarrollando esta historia: la está observando.

Cada persona vive lo que le toca. Cree que decide, que busca, que mejora o que falla. Pero todo está escrito. No hay voluntad

individual, solo programación. Hay un diseño perfecto, hecho para ser vivido desde dentro y comprendido solo desde fuera. Y eso es lo que la religión nunca entendió.

Las religiones hablaron de un Dios que se enoja, que manda señales, que cambia de opinión, que necesita sacrificios o penitencia. Convirtieron a lo eterno en un reflejo del ego humano. Lo hicieron juez, padre, rey, guía, verdugo. Pero lo real no encaja en ninguna de esas formas. Lo real no actúa. Crea y observa.

Lo que llamamos señales no son mensajes de una divinidad emocional, sino pistas colocadas en el guion para que quien las vive intuya que todo esto es una obra. Una creación diseñada hasta el más mínimo detalle.

No hay voluntad divina. Hay programación. No hay prueba. Hay escena. No hay pecado. Hay experiencia. Lo único que existe es el Observador. Lo demás es ficción.

Por eso, el verdadero camino espiritual no es complacer a un Dios imaginado, sino comprender que el único Dios es quien ve a través de ti... sin hablar, sin exigir, sin intervenir. El alma no necesita que la adoren. No necesita nada. Porque lo tiene todo. Está fuera del juego, viendo el juego. Y tú, ahora, estás dentro de esa creación. Pero lo que realmente eres... está fuera.

Muchas de las llamadas religiones nacieron a partir de señales espirituales auténticas. Un sueño impactante, una voz en la mente, una visión luminosa, una certeza imposible de explicar con lógica. Esas experiencias ocurrieron, y siguen ocurriendo, porque forman parte del guion. Son señales reales, aunque formen parte de una creación. Lo que fue irreal no fue la experiencia, sino la interpretación que se hizo de ella.

Quien vivió una visión creyó que Dios le hablaba. Quien sintió una presencia creyó que era un ángel, un espíritu, un enviado. Quien recibió una voz creyó que tenía una misión que debía

imponer a otros. Y en lugar de comprender que aquello era un mensaje para discernir en silencio, lo transformaron en ley, en templo, en institución.

Así nació la doctrina. A partir de símbolos, se construyeron reglas. A partir de una señal, se dictaron castigos. Lo que era personal se volvió colectivo. Lo que era revelación se volvió sistema. Lo que era guía interior se convirtió en religión exterior. Y cada vez que alguien repetía aquella experiencia —otro sueño, otra visión, otra certeza—, si no encajaba con lo establecido, era tachado de hereje, de enemigo, de falso profeta.

Pero las señales no son propiedad de nadie. No pertenecen a ninguna religión, ni tienen dueño. Surgen en cualquier lugar del mundo, en cualquier momento, porque no dependen del personaje. Están previstas para aparecer y provocar preguntas. ¿Qué soy? ¿Qué es esto? ¿Por qué siento que hay algo más?

Las religiones no solo ignoraron esas preguntas, sino que ofrecieron respuestas prefabricadas. Convirtieron lo misterioso en dogma. Lo abierto, en cerrojo. Afirmaron tener la verdad... sin saber que la verdad no se puede poseer. Solo se puede observar.

Y así, lo que nació como una chispa se convirtió en una estructura. Las señales, que eran para despertar, se usaron para adormecer. Y lo que podía haber llevado a discernir que esta vida es una creación, fue utilizado para fortalecer la idea de que el mundo es real, y que dentro de él hay que obedecer a un Dios externo, temerlo, servirlo y rogarle.

Pero ese Dios no existe. Y esas leyes fueron programadas como parte del guion, no como una realidad. Y por quienes creyeron entender lo que nunca supieron discernir. Por eso, toda doctrina es un error. Porque intenta encerrar lo que no puede ser encerrado: el mensaje de que todo esto es solo una historia, y que

lo real no está dentro de la historia, sino fuera de ella... observándola.

Ninguna religión busca que la persona despierte del sueño de esta realidad. Ninguna apunta a la verdad profunda de que somos conciencia, y que lo que vivimos es una creación diseñada para ser sentida como real. Lo que ofrecen no es libertad, sino identidad. No es verdad, sino pertenencia.

Crear en una religión significa adoptar una historia, una comunidad, un nombre, una cultura, una forma de actuar. Te dicen qué eres, a quién debes temer, cómo debes vivir, y lo disfrazan de conexión espiritual. Pero en realidad no te enseñan a observar, sino a obedecer. No te invitan a discernir, sino a aceptar sin cuestionar.

Y así, la religión cumple una función que nada tiene de trascendente: ofrecerle al personaje un lugar dentro del relato. Te da un propósito inventado, una supuesta superioridad frente a los que no creen lo mismo, y una promesa futura de recompensa si cumples las normas del guion que ellos mismos escribieron. Pero todo eso no es espiritualidad.

Las religiones no quieren que alguien descubra que esta vida no es real. No quieren que nadie vea que todo es una historia. Porque si lo vieran, ya no habría poder, ni templos, ni clero, ni estructura. No podrían controlar a través de la culpa, ni sostenerse a través del miedo. Necesitan que las personas creen que están aquí para “ganarse” el cielo. Que están siendo vigiladas. Que tienen que “merecer” el favor de un Dios que juzga.

Pero Dios no juzga. No premia. No castiga. Lo que llamamos Dios no está en esa narrativa. Es el conjunto de almas que ha creado este relato, este escenario, para observarlo desde cada vida. Las religiones se crearon dentro de la ficción, por personajes que no sabían que eran ficción. Como un actor de realidad virtual

creado con inteligencia artificial que, según el guion, debe creer en su propia realidad.

Y de ese error nace todo lo demás: la guerra santa, el fanatismo, la condena al diferente, la necesidad de tener razón. Porque si crees que tu fe es la única verdad, entonces cualquiera que piense diferente es una amenaza. Y así, lo que empezó como una experiencia interior termina convertido en sistema de control.

Por eso no hay religión verdadera. Porque toda religión nace dentro del guion. Y desde la programación no se puede ver lo que hay fuera.

Si las religiones dijeran abiertamente que todo está escrito, que no hay libre albedrío, que nadie puede cambiar lo que le sucede, perderían su sentido. No podrían prometer salvación, ni justificar el sufrimiento como prueba, ni ofrecer rituales para que Dios escuche. Por eso, se sostienen en una mentira fundamental: que el ser humano puede cambiar su final. Cielo o infierno. Karma.

No pueden aceptar que esta vida es una creación ya trazada, porque eso dejaría a sus dogmas sin función. No podrían ofrecer méritos, ni infiernos, ni premios eternos. Sin la ilusión de libertad, todo su sistema de creencias se derrumba. Y por eso, han convertido el guion en un juicio. Lo que debía ser observado, fue transformado en una lucha constante entre lo correcto y lo incorrecto, lo sagrado y lo profano, lo permitido y lo prohibido.

Cada religión presenta un conjunto de elecciones morales como si fueran escalones hacia la iluminación o la condena. Pero esa estructura está basada en el error de creer que el personaje es el autor de su historia. Y no lo es. El alma, que es conciencia, observa esta vida como quien mira una película desde fuera. Nada de lo que ocurre en la película depende del espectador. Todo está decidido.

Sin embargo, la religión insiste: tú puedes cambiar tu destino, si haces lo correcto. Tú puedes salvarte, si cumples los mandamientos. Tú puedes ser bendecido, si haces sacrificios. Pero eso es falso. Es solo parte del guion que esas creencias existan, igual que está escrito que tú, que ahora lees esto, las cuestiones. O no.

El libre albedrío es una ilusión cuidadosamente sostenida por la religión para justificar su autoridad. Porque si nada puede cambiarse, ya no hace falta sacerdote, ni norma, ni templo. Solo hace falta ver. Y ese ver no necesita de nadie. Solo de discernimiento.

Aceptar que todo está escrito no significa resignación. Significa paz. Porque si todo ocurre como debe, entonces no hay error. No hay culpa. No hay deuda espiritual. Solo una historia que debía vivirse, tal como fue. La libertad no está en lo que haces. Está en cómo lo vives. En saber que no eres lo que ocurre, sino quien lo observa.

Y eso es algo que ninguna religión puede tolerar. Porque si lo hiciera, desaparecería.

Uno de los errores más profundos que sostienen las religiones es atribuirle al alma intenciones humanas. Dicen que el alma necesita purificarse, que debe acercarse a Dios, que tiene que aprender, evolucionar, salvarse, arrepentirse. Pero el alma no hace nada de eso. El alma no actúa, no interviene, no mejora. No trasciende. No viaja. Solo observa.

El único que cree es el personaje. El único que sufre es el personaje. El único que reza, duda, se confiesa o se desespera... es el personaje. La religión, sin entender la diferencia entre el Observador y la persona a través de quien observa, ha confundido la conciencia con el contenido. Y ha pretendido que lo eterno está

atrapado en una historia que comienza con el nacimiento y termina con la muerte.

Pero el alma no está aquí. Está fuera. Presenciando esta experiencia como quien mira a través de unas gafas de realidad virtual. No ha venido a salvarse, ni a comprender nada. No ha encarnado, ni ha olvidado su origen. Simplemente, contempla. Y esta vida que llamamos “realidad” es solo una película que parece auténtica mientras se vive desde dentro.

Esperar que el alma despierte es como creer que el espectador necesita entrar a la historia para resolver algo. No tiene sentido. Y sin embargo, toda la estructura religiosa se basa en esa confusión: en atribuir al alma la ignorancia del personaje.

El alma no se acerca a Dios, porque es parte de Él. No espera, porque ya está. No se culpa, porque no ha hecho nada. El sufrimiento, la fe, la búsqueda, todo eso es del personaje. Y por eso, toda idea religiosa que hable de “evolución del alma”, “pruebas espirituales” o “caminos de iluminación”, está hablando desde dentro de la obra, no desde la verdad.

La verdadera comprensión llega cuando se discierne esta diferencia. Cuando uno deja de identificar al alma con su historia. Cuando comprende que no tiene que hacer nada, porque lo que es... ya es. Y lo que ocurre... ya ocurrió. No hay necesidad de rezar, ni de creer, ni de esperar. Solo de observar.

Eso es lo que ninguna religión enseña. Porque si lo hiciera, ya no tendría nada que ofrecer.

Lo que las religiones llaman “camino espiritual” está plagado de metas ilusorias: alcanzar la salvación, entrar al paraíso, acumular méritos, limpiar pecados, despertar el alma. Pero nada de eso tiene sentido si se comprende qué es lo real. No estamos aquí para ascender. No estamos aquí para aprender. Estamos aquí para vivir lo que está escrito... y observarlo. Observar esta

creación. Los sentimientos, las emociones, la vida en general del protagonista de la película. La persona que elige cada vez que quiere ver un capítulo de la serie.

El alma, que es conciencia, no necesita guía ni mejora. No sigue un sendero, ni da pasos. Es como quien contempla un mundo virtual. Y esta vida —con sus conflictos, emociones, decisiones y aparentes casualidades— no es más que esa obra perfectamente diseñada para ser experimentada como si fuera cierta. Pero no lo es.

La verdadera espiritualidad no tiene rituales. No exige credos. No necesita intermediarios. Solo pide silencio interior para ver lo que es. Y eso no se enseña en ninguna religión. Porque las religiones temen al vacío, al no saber, a la entrega total a lo que simplemente sucede. Necesitan llenar ese silencio con palabras, normas y jerarquías. Pero todo eso es parte de la ficción.

El único camino es discernir que no somos lo que ocurre, sino quien lo contempla. No somos el rol que interpretamos, ni las emociones que sentimos, ni las ideas que defendemos. Somos el que mira, sin forma, sin juicio, sin intención. Y ese mirar no necesita doctrinas. Solo necesita dejar de identificarse con la historia y vivirla como si fuera real pero sabiendo que no lo es..

No hay que elevarse. No hay que alcanzar nada. Basta con comprender que ya somos lo que buscamos. Que no falta nada, porque todo está completo. Que no hay error, porque todo es programación. Y que el único propósito es encontrar la paz... no cambiando el mundo, sino saliendo de él mentalmente.

Eso es lo que el alma contempla: un espectáculo. Y eso es lo que el personaje debe aceptar, para dejar de buscar y comenzar, por fin, a ver.

Y para ver, en el guion está un personaje, Jesús, que no fundó una religión: trajo por primera vez la Verdad

Cuando Jesús habló, no predicó una doctrina. No ofreció una religión más. No vino a levantar templos ni a establecer normas de comportamiento. Lo que trajo fue un mensaje radical, inasumible para los que necesitaban estructura, poder o pertenencia: que esta vida no es real, que la realidad está en nuestro interior, y que la única libertad está en no identificarse con el mundo.

Jesús no vino a que lo adoraran. Vino a mostrar que lo que creemos ser... no lo somos. Que lo que vemos... no es la verdad. Que solo hay un camino hacia la paz: dejar de vivir desde el personaje, y comenzar a vivir desde el que observa. Él lo llamó el Reino. Pero no era un lugar. Era un estado. Una forma de estar en el mundo sin ser del mundo. Dijo literalmente: Hazte transeúnte.

No hablaba de salvación futura, sino de una presencia inmediata.

“El Reino está dentro de vosotros.”

No se refería a una dimensión lejana, sino al discernimiento de que somos conciencia. No alma que aprende, sino conciencia que observa. Eso que siempre ha estado, incluso cuando no lo sabíamos.

Jesús no pidió sacrificios. No exigió ritos. No creó castas religiosas. Habló con prostitutas, comió con recaudadores, abrazó a los marginados. Porque él sabía que cada uno desempañaba su papel en el guion. Que nadie es mejor por lo que aparenta. Que no hay pecado, ni culpa, ni deuda espiritual. Solo hay escenas. Y hay que verlas... sin identificarse con ellas.

Pero el mensaje fue tergiversado. Después de su muerte, sus palabras fueron apartadas y su vida divinizada. Lo convirtieron en ídolo, y a su mensaje en sistema. Fundaron una religión sobre

alguien que vino precisamente a dismantelar todas las religiones. Y desde entonces, su nombre ha sido usado para justificar lo contrario de lo que él enseñó.

Hoy, millones lo siguen... sin comprenderlo. Lo veneran... sin escucharlo. Repiten sus frases... sin vivir lo que significan. Y todo porque convirtieron al maestro en estatua, y sus enseñanzas manipuladas en dogma. Pero Jesús no necesita seguidores. Ni creyentes. Solo necesita que veamos lo que él vio: que todo esto es una creación, y que la verdad no está en el envoltorio, sino en el interior. Que es quien la observa sin miedo.

El mensaje que Jesús transmitió era demasiado liberador:

“El que encuentre la interpretación de estas palabras no probará la muerte.”

Y quienes vivían de controlar, quienes necesitaban que la gente creyera en el castigo y en el mérito, no podían permitir que esa Verdad se extendiera.

Y así fue como, después de su muerte, comenzaron a construir lo que él jamás pidió. Templos, jerarquías, leyes, ritos. Eligieron qué decir de él y qué ocultar. Decidieron qué evangelios sí y cuáles no. Instituyeron autoridades que hablaban en su nombre, aunque no canalizaban como él. Organizaron concilios para moldear el mensaje a sus intereses. Hicieron política con la espiritualidad.

De aquel mensaje vivo, directo y transformador... solo quedó una estructura vacía. Lo que debía despertar, fue utilizado para adormecer. Lo que debía liberar, se convirtió en una prisión. A Jesús lo transformaron en un ídolo, y a sus palabras en bandera de guerra, de culpa y de obediencia. Todo lo que vino después ya no fue su mensaje. Fue otra cosa.

Porque quien canaliza la Verdad no funda religiones. No escribe reglamentos. No promete salvación. Solo muestra lo que es. Y lo que Jesús mostró fue que esta vida no es la realidad definitiva, que lo único que nos aleja de la paz es creer que somos el personaje, y no entender que nuestra realidad es el alma que observa.

“si no os conocéis a vosotros mismos, estáis en la pobreza, y sois la pobreza.”

Convertir ese mensaje en religión fue la mayor traición de la historia espiritual. Y esa traición no fue accidental. Estaba previsto así, por supuesto, en el guion.

El mensaje verdadero solo puede entenderse cuando se vive desde la paz, y no desde la necesidad. El mensaje fue ocultado. Porque no convenía a quienes vivían del miedo ajeno.

Y por eso hoy, tantos siglos después, el mensaje vuelve. No para fundar una nueva religión. No para crear otra estructura. Sino para que, al fin, se comprenda lo que ya estaba dicho, lo que siempre estuvo presente, pero no se quiso ver.

Judíos y cristianos cometieron el mismo error, tuvieron el mismo origen, y han tenido el mismo final.

Todo comenzó con un pueblo que recibió señales. No eran mandamientos grabados por un dios vengativo, sino mensajes simbólicos del plano espiritual, destinados a despertar comprensión. Pero fueron interpretados como órdenes, como leyes externas. El miedo se impuso sobre el discernimiento, y nació un sistema basado en la obediencia, la culpa y la distinción entre los “elegidos” y los demás.

Así se formó el judaísmo: como un modelo colectivo de sumisión a una norma, de sacrificios rituales, de separación. Y aunque las señales que lo originaron eran reales —porque todo en

esta creación lo es—, el error estuvo en su interpretación. Lo que era una invitación a observar fue convertido en obligación. Lo que debía inspirar, fue encerrado en una estructura. Y esa estructura fue tomada por verdad... cuando solo era parte del decorado.

En medio de ese mundo cerrado surgió Jesús. Nacido dentro de esa cultura, pero jamás sometido a ella. No aceptó el sábado como sagrado, no obedeció la ley mosaica, no reconoció a Yahvé como su padre. Y su muerte no fue la del transgresor judío, sino la del enemigo del Imperio. Murió crucificado, porque negó la divinidad de César y de todo poder humano. Su mensaje era claro: el mundo no manda. Lo que aquí parece tener autoridad... no la tiene.

Jesús no reformó el judaísmo: lo redefinió. Mostró que la verdad no está en la letra ni en el linaje, sino en nuestro interior. Habló de un Reino, pero no geográfico ni futuro: un estado de presencia que ya existe cuando se disuelve la identificación con esta historia.

Pero su mensaje no duró. En apenas unos siglos, fue absorbido por la maquinaria del poder. El cristianismo no nació para continuar su enseñanza, sino para apropiarse de su figura. Donde él había dicho que no se necesita templo, levantaron basílicas. Donde había dicho que no se necesita intermediario, crearon jerarquías. Donde había dicho que todo está cumplido, impusieron metas, juicios y culpas.

Lo que fue un mensaje liberador se transformó en una doctrina para someter. La misma dinámica que dio origen al judaísmo se repitió: tomar lo que era señal... y convertirlo en norma. Entre ambos extremos, quedó sepultado el instante de Verdad que fue lo que predicó durante su vida.

Pero eso también formaba parte del guion. Era necesario que su mensaje desapareciera por un tiempo. Que su figura fuera

manipulada, adorada, temida... hasta que volviera a surgir, limpia de toda interpretación religiosa. Y ese momento ha llegado. El mensaje regresa, no como ideología, sino como claridad. No como creencia, sino como certeza. Y lo hace para señalar lo mismo que él señaló: que esta vida no es real, que todo está escrito, y que la paz no se alcanza cambiando la historia, sino observándola sin confusión.

Pero el hombre necesita saber, y si unas religiones ya no son capaces de hacerle creer aquello que necesita, lo busca en otras.

Pocas corrientes espirituales han generado tanta confusión en Occidente como el hinduismo. Y pocas han sido tan glorificadas por quienes buscan una salida al vacío sin comprender lo que realmente están eligiendo. Lo que muchos idealizan como sabiduría ancestral, como conexión con lo divino, es en realidad una red de creencias que refuerza el engaño del personaje y diluye por completo la única verdad: que no hay evolución, que no hay karma, que no hay viaje del alma. Que todo está escrito. Todo es una creación perfecta para ser observada.

El hinduismo enseña que el alma reencarna una y otra vez para aprender, purificarse y fundirse con una supuesta divinidad. Afirma que la vida actual es consecuencia de las acciones pasadas, que las emociones, las pérdidas, las enfermedades y la pobreza son lecciones o castigos por errores de otras vidas. Esta visión no solo es falsa: es cruel. Porque culpabiliza al personaje por lo que le ocurre, como si pudiera haber hecho algo distinto. Y legitima la desigualdad, la sumisión, la injusticia, bajo la idea de que todo es merecido. Como si el destino fuera un castigo, no una creación.

Pero el alma no reencarna, porque no encarna, solo observa. El alma no viaja. No es un extraterrestre que viaja por el universo y entra en un bebé y a su muerte trasciende. El alma no necesita aprender ni ascender. El alma simplemente contempla esta vida

como quien se pone unas gafas de realidad virtual: ve otro mundo, ve otro personaje, pero no se ha movido ni un milímetro. Nada de lo que ocurre en esta existencia le afecta. Solo se vive lo que ha sido escrito. Y por tanto, no hay lecciones. Solo escenas.

El budismo, nacido como una crítica al sistema de castas hindú, acabó repitiendo los mismos errores con otras palabras. Habla de ciclos, de reencarnaciones, de iluminación, de la anulación del ego... pero sigue creyendo que hay algo que conseguir. Que hay un camino. Que hay niveles. Que hay mérito en la renuncia. Todo eso es falso. No hay que iluminarse. Hay que comprender que no hay nada que lograr, porque todo está hecho. La paz no se alcanza dejando de desear. Se alcanza cuando se ve que todo deseo es parte del personaje, y que uno no es eso.

Y sin embargo, estas ideas se han puesto de moda. Muchos en Occidente repiten mantras sin saber lo que significan, veneran dioses que no comprenden, y adoptan términos como “karma”, “dharma” o “moksha” como si fueran verdades eternas. Pero están comprando sin saberlo una estructura que legitima la injusticia, la desigualdad, el abandono de las mujeres, la idolatría y el apego a una supuesta evolución del alma que no existe.

Nada de eso es espiritualidad. Es solo parte del guion. Fue necesario que estas doctrinas se extendieran, que llenaran libros, cursos y retiros. Que confundieran a millones. Porque era parte del camino hacia el olvido. Pero también está previsto que ahora caigan. Que sean desmontadas. Que se vea que no hay ningún sentido en adorar formas, ni en vivir con culpa o expectativa. Que lo único real es el que observa. Y que solo en esa claridad hay descanso.

Todas las religiones del mundo han nacido de estructuras patriarcales. Y todas, sin excepción, han colocado a la mujer por debajo del hombre: jerarquía, poder masculino, sumisión

femenina. Y los templos fueron el escenario perfecto para justificarlo.

En el judaísmo, la mujer no podía ser sacerdote, no podía tocar los textos sagrados si estaba menstruando, no podía testificar en juicios como un hombre. El Talmud —base del pensamiento rabínico— dice literalmente:

"Más vale quemar la Torá que enseñársela a una mujer."

Eso no lo dijo un fanático. Lo dijo el núcleo de su doctrina.

En el catolicismo, la mujer fue reducida a dos arquetipos: virgen o pecadora. O eres María, o eres Eva. O perfecta y callada, o culpable y seductora. Esa es toda la teología femenina de la Iglesia. Nunca hubo papisa, nunca hubo sacerdotisa, nunca hubo decisión doctrinal tomada por una mujer. Y cuando una hablaba con claridad, la llamaban hereje. A Juana de Arco la quemaron por eso: por decir que Dios le hablaba directamente sin pasar por un cura.

El budismo, que muchos creen "espiritual e igualitario", repite lo mismo. Las mujeres pueden ser monjas, sí, pero deben hacer votos de obediencia a los monjes. En muchos países ni siquiera se les permite alcanzar el mismo nivel de iluminación si no reencarnan primero como hombres. Buda llegó a decir que las mujeres eran un obstáculo para la práctica espiritual.

Y cuando alguien se atreve a denunciar este machismo estructural, responden con una trampa: "Es parte de la cultura de la época." No. Es parte de la doctrina. Está escrito, predicado, ordenado. Esclavizaron a la mujer en nombre de lo sagrado.

En medio de todo ese mundo patriarcal, apareció alguien que hizo exactamente lo contrario. Jesús de Nazaret no solo habló con mujeres, las eligió como discípulas, las defendió en público y desafió las normas que las excluían. Les dio un lugar. Les dio voz. Y

lo hizo sin alardes, sin discursos, sin paternalismo. Simplemente actuó como si fueran iguales. Porque lo eran.

Jesús fue el primer ser que habló desde la Verdad y trató a la mujer como lo que es: exactamente igual que el hombre. No necesitaba convencer. Solo actuaba según su misión. Por eso lo odiaron. No solo por decir que no había pecado, ni castigo, ni templo verdadero... sino por decir que todos eran iguales, sin importar género, sangre, dinero o religión.

Filósofos y gurús

Desde Grecia hasta la India, desde los púlpitos religiosos hasta las modernas conferencias espirituales, todos han querido explicar el mundo, el alma, el sufrimiento, la verdad. Pero ninguno dijo lo esencial. Todos olvidaron la piedra angular: que esto no es real. Que todo está escrito. Que el alma no actúa. Que solo observa. Esa es la Verdad que yo he recibido.

En occidente, los primeros en intentar explicar la existencia fueron los griegos. Para Sócrates, el alma debía cuidarse, purificarse, elevarse por medio del conocimiento. Enseñaba que hay una moral objetiva, que el mal se hace por ignorancia, y que el bien se alcanza con razón. Que el hombre es libre para elegir lo justo si piensa bien. Que hay dentro de cada uno una voz interior que guía las decisiones correctas. Pero no entendió que no hay decisiones.

Sócrates creyó que el alma puede transformarse. No vio que ya es. Que no se contamina ni se purifica. Que no actúa. Que no está dentro del cuerpo, ni piensa, ni elige. Que no necesita filosofar, ni buscar, ni encontrar. Que todo lo que ocurre —diálogo, error, sabiduría, juicio o condena— está escrito palabra por palabra.

Su famoso:

“conócete a ti mismo”.

ha sido repetido sin comprenderse. Porque no hay nada que conocer. Lo que uno cree ser es un personaje dentro de un guion. Y ese personaje no puede conocer al observador, su conciencia. Puede decir frases, porque está así programado, puede dudar, contestar, aparentar despertar... como Sócrates.

La verdad no se descubre con preguntas. No se deduce. No se razona. No se alcanza. La verdad es que no hay verdad dentro

de este escenario. Solo hay apariencia de búsqueda. La filosofía de Sócrates enseñó a cuestionar, pero no a discernir. Lo mataron por perturbar a los que dormían, sin saber que él también soñaba.

Platón fue el primero en decir que este mundo no es el verdadero. Pero se equivocó al imaginar otro más perfecto. Dijo que lo que vemos es una copia defectuosa de unas formas eternas. Que nacemos olvidando, y que aprender es recordar. Que el alma ya ha vivido, que arrastra experiencias de otras vidas, y que debe purificarse para volver a ese mundo ideal.

Le dio al alma un camino, una historia, un deber. Habló de reencarnación, de méritos, de evolución espiritual. Inventó un sistema que parecía profundo, pero que encadenaba aún más. Convirtió a la ignorancia en culpa, y al conocimiento en castigo. Y como no entendía que el pensamiento está escrito, imaginó que el alma piensa y decide. Que es libre. Que se perfecciona.

Pero el alma no baja a este mundo. No olvida. No sufre. No aprende. No elige. Solo observa.

Todo lo que Platón consideró símbolos de una realidad superior —la belleza, la justicia, el bien— son solo decorado. Palabras dentro del guion. No representan nada fuera. No hay “mundo de las ideas”. Solo hay una película proyectada con exactitud matemática. No para que el alma recuerde quién es, sino para que contemple lo que no es.

Platón estaba más cerca que otros. Al menos sospechó que esto no es lo real. Pero en vez de callar, lo complicó. En vez de ver que no hay salida, inventó un laberinto. Su filosofía sirvió como base para religiones, para doctrinas, para siglos de confusión. Y todo por no aceptar lo más simple: esto no tiene explicación. No hay antes. No hay después. No hay evolución.

Aristóteles intentó explicar el mundo como si fuera real. Para él, todo lo que existe está compuesto de materia y forma. Nada le

parecía casual. Todo tenía una causa y un propósito. Decía que cada cosa nace, se desarrolla y tiende a un fin. Que hay un orden natural. Que el conocimiento viene de observar, de clasificar, de pensar. Que la virtud está en el equilibrio, en elegir bien. Y que el ser humano solo se realiza en sociedad, como animal racional y político. Durante siglos, su pensamiento fue la base de la filosofía, de la ética y de la ciencia occidental. Incluso hoy se sigue enseñando que el mundo tiene leyes, que la vida se dirige hacia algo, que el hombre decide con libertad lo que quiere ser. Pero todo eso es falso.

Aristóteles describió con lógica una ilusión. No vio que lo que observaba era una escena, no una sustancia. Que las causas no son reales, sino parte del guion. Que no hay evolución ni finalidad, solo un diseño completo que aparenta desarrollarse. La semilla no busca ser árbol. Ya lo es en el guion. Solo interpreta su parte.

Tampoco hay virtud posible cuando no hay elección. No hay término medio entre dos extremos si ninguno se puede evitar. Ni libre albedrío, ni ética, ni carácter: solo papel escrito. El alma no necesita pensar, ni aprender, ni perfeccionarse. No es un animal racional. Es un observador fuera del tiempo.

El pensamiento de Aristóteles fue útil para sostener la ilusión del mundo. Dio estructura a una realidad que no lo es. Puso orden donde solo hay escena. Habló de propósito, pero no vio que todo ya está cumplido. Quiso explicar el universo con lógica, sin saber que el universo no necesita explicación. Porque no empezó. Porque no es materia. Porque es solo guion.

Epicuro, precursor del hedonismo, se enfocó en el placer como el bien supremo. Redujo la existencia a evitar el dolor, como si el sentido del alma fuera alcanzar bienestar físico o mental. Pero ni el placer ni el sufrimiento pertenecen al alma. Ambos son programados en cada persona. Epicuro no comprendió que el

dolor no se puede evitar, si observar. Que la paz no viene de evitar la incomodidad, sino de no creerse el personaje que la sufre.

Los estoicos como Séneca, Epicteto o Marco Aurelio enseñaron la virtud del dominio interior. Hablaban de aceptar el destino con serenidad. Se acercaron, pero seguían dentro del error. Porque creer que el hombre debe ejercer control sobre su mente o sus actos es no haber entendido que el guion ya está escrito. El personaje no elige su actitud. Solo la representa. Y el alma no necesita valentía ni autodomínio. Solo presencia.

San Agustín introdujo la culpa en el alma. Mezcló filosofía con religión y convirtió a Dios en un juez moral. Decía que el alma necesita gracia divina para salvarse, como si estuviera condenada desde el nacimiento. Pero el alma no peca. No necesita salvación. Solo observa una vida donde el personaje cree ser culpable. Su idea de un Dios que vigila y castiga fue la semilla del miedo religioso. Y eso solo aleja más de la Verdad.

Tomás de Aquino intentó racionalizar a Dios, meter lo divino dentro de una lógica humana. Integró a Aristóteles en la teología cristiana. Pero lo infinito no cabe en una estructura mental. Todo su edificio teológico fue un intento de definir lo que solo puede ser visto cuando cae la mente. Habló de pruebas de la existencia de Dios, sin comprender que Dios no se prueba. No se define. Se es. Y el alma no tiene que demostrar nada. Ya es parte del todo.

Descartes inició la era moderna afirmando:

“pienso, luego existo”.

Fue uno de los mayores errores de la historia. Creyó que el pensamiento era prueba de existencia, cuando el pensamiento es parte del decorado. Lo que existe no es quien piensa, sino quien observa incluso el pensamiento. El alma no necesita pensar para ser. Ser es lo que ya es. Y el pensamiento es solo ruido dentro del personaje.

Spinoza rompió con la religión, pero no con la idea de dios. Dijo que no era un ser personal, ni un creador separado, sino que todo es dios. Que la naturaleza, el universo, el pensamiento, las leyes, las formas... todo eso es una sola cosa: Dios manifestándose. Un dios impersonal, eterno, infinito, que se expresa en todo lo que existe.

Afirmaba que no hay libre albedrío, que todo está determinado por causas anteriores. Pero a la vez decía que el hombre podía alcanzar la libertad comprendiendo esa necesidad. Que podía liberarse del sufrimiento si entendía las leyes del universo y vivía según la razón. Que la paz llegaba al aceptar que somos parte de ese dios universal.

Negó el dios de la Biblia, pero creó otro. Más sofisticado, más coherente, pero igualmente falso. Su dios era una abstracción filosófica para justificar que el mundo existe, que tiene orden, que tiene sentido. Pero este mundo no es dios. No es naturaleza. No es sustancia. Es apariencia.

Tampoco hay salvación en comprender. Pensar no libera. Ver el orden no da paz. Porque ese orden es falso. La única libertad es saber que no hay nada que hacer. Nada que lograr. Nada que comprender.

Kant quiso establecer los límites del conocimiento humano. Decía que no podemos conocer

“la cosa en sí”.

Solo como nos aparece. Que todo lo que percibimos pasa por filtros mentales: espacio, tiempo, causalidad. Que la mente no observa la realidad, sino que la organiza. En eso acertó. Pero no llegó al fondo.

Para Kant, hay una ley moral dentro de cada persona y que obedecer a la razón moral es ser verdaderamente autónomo.

Pero la libertad que Kant defiende es otro espejismo. No hay ley dentro de nadie. No hay deber universal. No hay voluntad que elija. Kant construyó un sistema perfecto para sostener la ilusión de responsabilidad. Hizo de la razón un dios frío, objetivo, incuestionable. Pero esa razón está escrita. No guía, no decide, no salva. Solo repite.

Decía que no podemos conocer el más allá, pero que debemos actuar como si existiera. Como si hubiera justicia, alma, inmortalidad. Es decir, que el hombre debía ser bueno... aun sin saber si servía de algo. Eso es sostener la mentira por orgullo.

Kant entendió que lo que vemos no es lo real. Pero lo justificó. En vez de romper con el mundo, lo organizó mejor. Pensó que el sentido moral bastaba para dar valor a la existencia.

Trató de salvar al hombre sin religión. Pero el hombre no necesita salvación. Necesita discernir que no existe como cree. Y que la razón, como la fe, es solo parte del guion. Su crítica de la razón no liberó al hombre. Solo lo distrajo con más conceptos.

El único juicio verdadero es este: nada de lo que piensas eres tú. Nada de lo que ves es real. Todo está escrito. Y tú lo observas desde fuera.

Nietzsche rompió con todo lo anterior. Negó a Dios, negó la moral tradicional, negó el alma eterna. Dijo que el cristianismo era una religión de débiles, de resentidos, de esclavos. Quería devolverle al hombre su fuerza, su instinto, su poder. Inventó al superhombre: aquel que crea sus propios valores, que trasciende el bien y el mal, que afirma la vida incluso con su dolor.

Su mensaje fue claro: no hay sentido dado, así que invéntalo. No hay verdad absoluta, así que créala tú. No hay dios, así que sé tú el dios de tu propia existencia. Pero ese dios tampoco existe.

Nietzsche quiso liberar al hombre de la mentira... con otra mentira. Sustituyó a Dios por el ego. Al destino por la voluntad. A la fe por el impulso creador. Pero no hay nadie creando nada. No hay voluntad personal. No hay yo fuerte ni débil. Todo está escrito.

Todos ellos creyeron que el pensamiento podía tocar la verdad. Que la mente podía alcanzar lo eterno. Pero lo eterno no está hecho de ideas. No se llega por razonamiento. Solo se ve cuando todo lo demás se detiene. No cuando se acumula conocimiento, sino cuando se acalla el ruido. Lo que estos filósofos buscaban no estaba oculto: estaba delante. Pero no lo vieron porque pensaban. Porque buscaban desde el personaje. Ninguno entendió que la verdad no se encuentra. Se revela... cuando ya no se busca.

Y los que buscaron en el espiritismo y ocultismo:

Allan Kardec organizó el espiritismo como doctrina. Habló con espíritus. Espíritus que aún creían ser personajes. Recibió mensajes. Creó libros. Y construyó sobre eso una idea de evolución del alma, de karma, de reencarnación progresiva. No entendió y confundió más que aclaró. Eran señales, si, pero mal interpretadas. Lo importante, decía, es esforzarse por ser mejor. Amar, perdonar, servir. Solo así se avanza. Solo así se libera uno del ciclo. Como si el alma tuviera que liberarse. Como si la persona pudiera decidir.

Helena Blavatsky mezcló ocultismo, sabiduría oriental y misticismo europeo. Creó la teosofía. Habló de maestros ascendidos, de jerarquías cósmicas, de iniciaciones esotéricas. Según ella, el alma pasaba por distintos niveles de conciencia, encarnaciones sucesivas, pruebas kármicas, y tenía que purificarse para acceder a estados más elevados de vibración. Pero el alma no actúa. No transita. No se eleva. No pertenece a ninguna jerarquía espiritual. Solo observa, desde fuera, esta ilusión perfecta.

En Oriente también surgieron voces que marcaron a millones. Pero todas esas voces, aunque profundas, también se alejaron de la Verdad.

Lo que las enseñanzas de Buda enseñan es que todo sufrimiento nace del deseo. Que el mundo no es permanente. Que la vida es insatisfacción. Y que existe un camino para dejar de renacer, apagar el deseo y alcanzar el nirvana. Enseñó el desapego, la meditación, la disciplina mental. Habló del no-yo, de la vacuidad, del silencio interior.

Pero todas esas enseñanzas se basan en la misma trampa: suponer que hay un sujeto dentro del cuerpo que puede transformarse. Que puede dejar de desear. Que puede avanzar. Que puede “salir del ciclo”. Eso es falso. No hay nadie dentro. No hay reencarnación. No hay karma. No hay despertar posible en esta creación.

La enseñanza atribuida a Buda fue más sutil que la religión, pero igual de ilusoria. Porque sigue diciendo que el sufrimiento se puede evitar. Que hay un camino a seguir. Que se puede alcanzar algo. Que uno puede dejar de ser lo que es. Pero no hay evolución. No hay progreso. No hay estado superior. Solo hay escena escrita, exacta, proyectada para ser observada.

Siddharta Gautama, Buda, no existió. No hubo un príncipe, ni un palacio, ni un reino al que renunció. No caminó por la India, ni meditó bajo un árbol, ni alcanzó la iluminación. Fue una figura simbólica creada para introducir una enseñanza con forma de leyenda. No hay pruebas históricas reales de su existencia. Solo relatos orales repetidos durante siglos, llenos de milagros, visiones, reencarnaciones, tentaciones y revelaciones.

Lao Tse propuso el Tao, un camino sin nombre, un fluir espontáneo. Habló de la armonía con la naturaleza. Que todo en el universo fluye de manera espontánea. Nada debe ser forzado.

El sabio, dice, no impone su voluntad, no lucha contra el curso de los hechos, no trata de cambiar el mundo. Solo observa, espera y actúa cuando es necesario, sin esfuerzo.

Se acercó, pero no llegó. Porque si es cierto que dejarse llevar es positivo, no luchar contra el destino, pero la lucha está en el guion, en el destino de cada cual por lo que no es la persona la que pueda decidir.

Confucio redujo la sabiduría a la moral y la conducta. Fue el gran organizador de la ética oriental. Enseñó el respeto, el deber, la jerarquía. Enseñó a representar bien el personaje. Pero nunca vio que todo ya estaba asignado. Que no hay deber. Solo papel. Y que el alma no respeta ni desobedece. Solo contempla.

Shankara, en la India, desarrolló el Advaita Vedanta: la no dualidad. Dijo que Brahman es lo único real y que el mundo es ilusión. Se acercó como pocos. Pero cayó en el error de querer fundirse con ese Brahman, de hablar del alma individual como algo que debe disolverse. El alma no se funde. No regresa. Porque nunca salió. Solo observa. El maya que denunció, él también lo creyó en parte. Porque usó símbolos, rituales, doctrinas. Y la Verdad no se simboliza. Se ve... o no se ve.

Nagarjuna llevó el vacío al extremo. Dijo que todo es shunyata, ausencia de esencia propia. Derrumbó todos los conceptos, todas las afirmaciones. Pero al quedarse en el vacío como conclusión, dejó al alma sin presencia. El vacío sin observador no es verdad. El error fue negar todo sin discernir que hay algo que siempre está: el que ve. No hay esencia en lo creado. Pero sí hay conciencia que lo mira.

Patañjali codificó el yoga como vía para alcanzar el samadhi, la unión con lo divino. Propuso posturas, respiración, concentración. Pero el alma no se une a nada. El alma no se mueve. El yoga es movimiento del personaje. Es preparación del

cuerpo. Es control de la mente. La unión mente y alma es imposible.

Incluso los más místicos, como Kabir o Ramanuja, que hablaron de amor divino y entrega, terminaron haciendo de la experiencia espiritual una devoción emocional. Pero ni el amor ni la entrega son caminos. El alma no ama. No siente fe. No necesita rendirse. Solo observa cómo el personaje vive esas emociones.

Toda esa sabiduría, toda esa tradición, toda esa profundidad, omitió lo esencial: que esto es un decorado escrito, que el alma solo observa, que no hay camino, ni deber, ni iluminación, ni evolución. Solo hay una película. Y el alma no es parte de la película. Es el espectador silencioso que la ve sin intervenir.

Oriente no vio la Verdad. Tocó sus bordes. Jugó con sus formas. La adornó. Pero no la habitó. Porque nadie puede habitar lo que ya es. Solo se puede ver... sin hacer nada.

Y luego llegaron los contemporáneos.

Ramana Maharshi vivía en silencio, en una montaña del sur de la India, y quienes se acercaban a él buscaban algo más allá de las palabras. Su enseñanza era simple, directa: pregúntate quién eres. Solo eso.

No decía que uno debía aprender algo nuevo, ni acumular conocimientos, ni cambiar su vida exterior. Enseñaba que todo sufrimiento viene de identificarse con el cuerpo, con los pensamientos, con la historia personal. Que la raíz del error es creer que el “yo” es ese personaje mental que actúa y decide. Por eso repetía una y otra vez: “¿Quién soy yo?”.

No se trataba de encontrar una respuesta, sino de disolver la pregunta. De ver que ese “yo” que busca no tiene existencia real. Que al mirar profundamente dentro, sin distraerse, sin huir, sin

esperar nada, el ego se deshace y queda solo la conciencia pura. Sin forma, sin tiempo, sin límites. Eso es lo que él llamaba el Ser.

Ramana decía que no hay dos cosas: no hay un buscador separado del Ser. Todo intento de buscar es una ilusión del pensamiento. El Ser no se alcanza. Ya es. El problema es que el pensamiento se interpone, crea dualidad, y alimenta la idea de un yo que vive, sufre y muere.

Tampoco enseñaba técnicas. Decía que la práctica más directa era el silencio interior. No el silencio de la boca, sino el de la mente. Y que ese silencio no se logra por esfuerzo, sino por entrega. Por rendirse al Ser, que no está en otro lugar ni en otro tiempo.

Según él, no hay necesidad de cambiar el mundo, ni de escapar del cuerpo, ni de acumular méritos. Solo hay que volver la atención hacia dentro, hasta que desaparezca la ilusión de que hay alguien que vive esta vida. Lo que queda entonces, según él, es la paz del Ser, sin deseos, sin miedo, sin forma.

Su enseñanza está basada en la idea de que el pensamiento puede ser desactivado. Que uno puede observarlo y hacerlo desaparecer. Pero el pensamiento no se controla. No se frena. No se apaga. Es parte del guion, parte de lo que el alma quiere observar. Ramana se acercó, su luz iluminó, pero al final, como a todos, le faltó la piedra angular. Por eso, al morir su madre, él pensó que la ayudó a no reencarnarse y alcanzar la liberación, como si el alma dependiese de la persona. Más sabiduría que otros pero mismo error de todos.

Jiddu Krishnamurti decía que nadie te puede llevar a la verdad. Ni un maestro, ni una religión, ni un libro, ni un sistema. Nadie tiene la clave. Por eso, cuando intentaron convertirlo en un gurú mundial, lo rechazó y deshizo la organización que lo seguía.

Según él, la verdad no es algo que se pueda seguir ni enseñar. No hay camino, ni técnica, ni fórmula para encontrarla.

Decía también que la mente de cada persona está llena de ideas que vienen de fuera: de la familia, la sociedad, la escuela, la cultura. Y que mientras uno siga pensando desde todo eso, no es libre.

Una de sus frases más conocidas era:

“el que observa es lo mismo que lo observado”.

Lo que quería decir con eso es que no hay un “yo” separado que mira los pensamientos o las emociones desde fuera. Que ese que piensa, juzga o se analiza a sí mismo también es parte del pensamiento. O sea, no hay nadie manejando la mente desde atrás. Todo ocurre dentro del mismo movimiento.

También decía que la libertad no está en el futuro. No se consigue después de años de esfuerzo o meditación. Si la libertad existe, tiene que ser ahora, en el momento en que uno mira sin juzgar, sin esperar, sin tratar de cambiar nada.

Por eso criticaba todas las prácticas, técnicas y métodos espirituales. Para él, todo eso solo produce resultados artificiales, programados. No te liberan. Te engañan. Tampoco creía que uno evoluciona espiritualmente. No hay un proceso de mejora. Solo hay una forma de ver que no necesita esfuerzo, solo atención total.

Krishnamurti no daba respuestas. No ofrecía soluciones. No decía qué hacer. Solo decía: mira lo que eres, sin filtros, sin explicaciones, sin buscar nada. Y si ves de verdad, entonces no hace falta más. Otro sabio que casi llegó. También tuvo grandes señales espirituales. Pero al final, como dijo Jesús: ¡hay muchos alrededor del embalse, pero ninguno dentro del embalse!. Porque Krishnamurti si creyó en la posibilidad de cambiar el destino.

Yogananda fue uno de los primeros maestros espirituales de la India que llevó sus enseñanzas a Occidente. Su mensaje combinaba elementos del hinduismo, el cristianismo y la ciencia moderna. Enseñaba que el alma es divina, que está atrapada en el cuerpo y en la mente, pero que puede liberarse si se conecta con Dios a través de la práctica espiritual.

Decía que la verdadera naturaleza del ser humano es el alma, y que el objetivo de la vida es volver a unirse con Dios, al que llamaba también Conciencia Cósmica. Según él, ese regreso no ocurre automáticamente: hay que ganarlo. Y para eso enseñaba una disciplina espiritual llamada Kriya Yoga, un conjunto de técnicas para controlar la energía vital, calmar la mente y alcanzar estados superiores de conciencia.

Creía en la reencarnación, en el karma, en la ley de causa y efecto. Según él, cada acción deja una huella que determina futuras experiencias. La vida era, en sus palabras, una oportunidad para aprender, purificarse, y acercarse a Dios.

Yogananda simplemente fundió creencias para sacar sus propias enseñanzas. Que están muy lejos de la verdad. La vida no tiene más objetivo que ser una experiencia para el alma, y el alma no está en ningún proceso de unión con Dios, porque el alma solo observa, no se purifica, no está observando por castigo. Elige vidas como las personas elegimos capítulos de series para ver y entretenernos.

Osho mezcló muchas ideas de oriente y occidente. Tomó cosas del zen, del tantra, del hinduismo, del sufismo, del cristianismo, de Freud, de Nietzsche... y lo unió todo en una propuesta que decía ser libre, rebelde, viva.

Su mensaje principal era que la vida hay que vivirla plenamente, sin represión, sin culpas, sin miedos. Criticaba a las religiones por haber hecho del ser humano un ser culpable,

dividido, triste. Decía que el pecado no existe, que el placer no es malo, que el cuerpo no es el enemigo. Enseñaba que uno debe aceptarse tal como es, con deseos, con emociones, con contradicciones.

Para él, la meditación era central, pero no una meditación quieta o forzada. Enseñaba meditaciones activas, donde se permite el movimiento, el grito, el llanto, la risa. Decía que antes de llegar al silencio, hay que vaciar lo reprimido. Que solo cuando uno se limpia de tensiones, puede llegar a lo que él llamaba “presencia”.

Osho también hablaba del ego, del falso yo. Decía que el ego es una construcción mental que te impide vivir el presente. Que uno tiene que ir más allá del ego para llegar a la conciencia pura. Pero no proponía renunciar al mundo, sino disfrutarlo desde esa conciencia. Vivir en él, pero sin ser esclavo de él.

También hablaba del amor, de la libertad interior, del “nuevo hombre”: un ser espiritual, pero sin religión. Natural, pero despierto. Sexual, pero consciente. Para él, la iluminación no era una meta lejana ni un sacrificio, sino algo posible aquí y ahora, si uno vive con intensidad y atención. Otro gurú que no entendió lo principal, que no existe la libertad para elegir del ser humano. Maestros que enseñan sin saber, que mezclan enseñanzas esperando que salga la verdad, partiendo siempre de los mismos errores.

Ninguno de ellos rompió con todo. Ninguno negó el libre albedrío. Ninguno dijo que el alma no hace nada. Todos creyeron que había un camino, un propósito, un crecimiento. Pero eso es un error. Solo hay un mundo virtual con sus personajes. Y una conciencia que elige vidas, para observar sus experiencias.

Hoy, los grandes nombres salen de los móviles, de los algoritmos, de vídeos editados para emocionar, de frases breves

que parecen sabias. Son gurús, influencers, coaches, terapeutas y conferencistas que mezclan espiritualidad, autoayuda y crecimiento personal. Y repiten con entusiasmo los mismos errores de siempre: creen saber, creen enseñar, creen liberar. Pero solo alimentan la ilusión del personaje.

Un ejemplo es Sadhguru. Es popular, elocuente, teatral. Pero superficial. Ofrece respuestas cómodas, frases con sabor oriental, sabiduría convertida en espectáculo. Habla de karma, de energía, de evolución. Pero no canaliza. Coge piezas de aquí y de allí para crear su propia enseñanza. Actúa. Sonríe. Se mueve con carisma. Pero no conecta con el plano espiritual.

Otro es Mooji, que repite frases dulces, suaves, reconfortantes. Invita a la paz, al silencio. Pero es un teatro emocional. Crea ambientes, repite fórmulas, genera dependencia. Su presencia es un refugio, no una revelación. Y aunque sus palabras parezcan verdaderas, no vienen del canal. Usa las enseñanzas de Ramana Maharsi.

Joe Dispenza va más allá. Promete transformación a través del pensamiento. Enseña a “crear” con la mente. Habla de coherencia, de campos cuánticos, de sanar el cuerpo con visualización. Pero todo eso es una distorsión peligrosa. Porque pone el peso en el personaje. Hace creer que lo que pasa depende de lo que piensas. Y eso es mentira. Todo ya está escrito. No hay pensamiento que cambie el guion. Lo único real es lo que lo ve.

Deepak Chopra es el empresario del alma. Mezcla ciencia con espiritualidad. Habla de física cuántica como si fuera una metáfora de Dios. Pero el alma no se mide en partículas. Ni vibra. Ni sana. Sus conferencias son espectáculo. Sus libros, productos. Su espiritualidad es mental y comercial. Habla del poder de la intención, de crear la realidad, de elegir el destino. Todo falso. Todo desde el personaje que cree tener poder.

Eckhart Tolle habla del ahora. De la presencia. Pero convirtió esa enseñanza en libros de autoayuda. Su calma es fabricada. Su mensaje es emocional. Habla de la mente como enemigo, pero sin ir más allá del concepto. Nunca desmanteló la idea de persona. Hizo del ego un obstáculo, sin mostrar que el ego, el yo, la mente y todo lo demás son parte del guion, solo programación. Que no hay que trascender nada. Solo salir del juego.

Hoy se ha creado un nuevo producto espiritual. Es una mezcla entre autoayuda emocional, marketing de conciencia, psicología positiva, neurociencia simplificada, frases de sabios orientales y espiritualidad pop. Todo presentado en formato audiovisual, con voz suave, música relajante y promesas envolventes. Lo llaman despertar. Pero no despierta. Solo entretiene.

Hablan del poder de la mente, de sanar las heridas del niño interior, de reconectar con tu energía, de manifestar la vida de tus sueños. Usan términos como “alineación”, “reprogramación”, “vibración alta”, “propósito de alma”, “empoderamiento espiritual”. Dicen que puedes crear tu realidad, atraer abundancia, eliminar bloqueos, alcanzar la paz interior. Todo eso es mentira. Porque todo eso sigue hablando al personaje. Y el personaje no crea. No elige. No vibra. Solo representa.

La autoayuda moderna convierte los síntomas del guion en errores del individuo. Si estás enfermo, es que no has sanado algo. Si estás triste, es que vibas bajo. Si repites patrones, es que tienes creencias limitantes. Y eso solo genera culpa. Porque hace creer que lo que ocurre depende de ti. Pero no depende de ti. Ya fue escrito. Nadie está repitiendo nada. Nadie está bloqueado. Está representando exactamente la escena que le toca.

El crecimiento personal es una carrera hacia ningún sitio. Cursos, talleres, libros, podcasts, retiros. Todo diseñado para que

el personaje se sienta más consciente, más elevado, más despierto. Pero nadie despierta a fuerza de intentarlo. Porque no hay nada que alcanzar. Solo hay que ver que todo eso es innecesario. El alma ya es. Y el personaje no puede llegar a ser lo que no es.

Esta espiritualidad maquillada de ciencia, de psicología o de tradición ancestral ha creado una religión emocional: sin dogmas fijos, pero con las mismas trampas. Te hace creer que tienes poder. Que si repites mantras, si haces ejercicios, si meditas lo suficiente, llegarás a un estado superior. Pero no hay estado superior. No hay niveles. No hay evolución. Solo hay un guion.

Todo este contenido viral, que parece profundo, es solo ruido. Ruido hermoso, decorado con luces suaves y promesas reconfortantes. Pero ruido, al fin y al cabo. No hay ninguna verdad en repetir que “todo está en ti” si tú no eres eso que crees ser. El alma no está dentro del cuerpo. No necesita volver a sí misma. No necesita sanar nada. Solo necesita ver que nunca fue parte del decorado.

Esta mezcla entre espiritualidad moderna y autoayuda es la nueva religión del personaje. Una religión que no salva. Solo adormece. Porque nunca dice lo esencial: que no hay nada que hacer. Que no hay ningún poder en ti. Que todo lo que vives es parte de un guion perfecto. Y que el alma solo está aquí para mirar... no para mejorar.

Por eso esta época no está más perdida que nunca, pero está tan perdida como siempre. Porque hay más información pero se cree más consciente. Porque cree tener herramientas, caminos, respuestas. Pero la única respuesta real es esta: nada depende de ti. Y solo cuando eso se ve, aparece la verdadera paz. No porque se logre algo. Sino porque se deja de buscar.

Todo lo demás —lo que enseñan, lo que promueven, lo que venden— es solo decorado. El último decorado del guion: el despertar ilusorio. La espiritualidad que entretiene. La sanación que nunca llega. La búsqueda que nunca termina. Y así debe ser. Porque así fue escrito. Pero eso no lo hace verdad. Solo lo hace parte del sueño.

Los libros que inspiran y confunden

Uno de los mayores engaños de nuestra era no nace en las sombras, ni se oculta entre rituales extraños o creencias olvidadas. Se viste de luz, se expresa con lenguaje amable, se publica en millones de ejemplares, se convierte en bestseller. Hablo de los libros que muchos consideran sagrados sin serlo, textos que se han popularizado como guías espirituales, cuando en realidad no son más que espejismos literarios. Obras como las de Michael Newton, Brian Weiss, "Un Curso de Milagros", las psicografías de Chico Xavier o los mensajes de Kryon, Ramtha y Neale Donald Walsch han alimentado el pensamiento moderno con ideas que se alejan radicalmente de la Verdad. Y sin embargo, siguen siendo referentes. Se citan en conferencias, se enseñan en escuelas de sanación, se recomiendan como bálsamo para el alma. Pero el alma no necesita bálsamos. Solo la persona cree necesitar algo. El alma observa.

Todos estos libros han sido, en algún momento, útiles para alguien. Porque todo lo que ocurre en esta creación tiene una razón. Pero ninguno de ellos contiene la Verdad completa. Porque la Verdad no se recibe parcialmente. No se intuye. No se busca. Llega cuando es el momento. Es un impacto. No se estudia: se revela. Este libro que estás leyendo no es una alternativa. Es la ruptura. Es el final de la confusión. Porque no está escrito desde el pensamiento ni desde la interpretación, sino desde la conexión directa con el plano que lo crea todo. Y por eso, aunque lo leas con la mente, será tu alma quien lo contemple, en silencio, sabiendo —sin saber cómo— que ya no hace falta buscar más.

Michael Newton: La escena entre mundos

Michael Newton se adentró en los rincones más sutiles del inconsciente humano creyendo haber accedido a la estructura

secreta del alma. Hipnotizó a cientos de personas, recopiló miles de testimonios y trazó con detalle lo que él llamó "el entrevidas": un espacio supuestamente intermedio entre una encarnación y otra, donde las almas se reunirían, planificarían su próxima vida, evaluarían la anterior y escogerían nuevas pruebas. Lo describió como si hubiera cruzado un umbral invisible y regresado con planos y mapas del otro mundo. Y sin embargo, todo lo que vio — todo lo que le mostraron sus pacientes— no era un recuerdo ni una experiencia auténtica del alma, sino una escena necesaria, proyectada desde el plano creador en ese instante, como parte de una representación útil al momento vivido.

Lo que Newton no comprendió es que el alma no viaja, no planea, no interactúa ni elige. No camina por pasillos de luz ni consulta con seres sabios. Todo eso forma parte de una imagen mental activada en un momento determinado, diseñada para provocar emociones, consuelo o aceptación, pero no para revelar cómo funciona realmente la existencia. Son construcciones simbólicas que cumplen una función emocional dentro del relato que cada persona vive, pero que no muestran la estructura auténtica del plano creador. El alma, que es pura conciencia, no hace nada: solo contempla.

Sus libros fueron acogidos como una revelación porque ofrecían una lógica compasiva. Aparentemente daban sentido a lo que parece injusto:

“si elegiste esta vida, entonces hay un propósito”.

Pero esa idea no libera: encadena. Porque si el alma elige sufrir, entonces es culpable del dolor. Y si sufre para evolucionar, entonces está incompleta. La Verdad que canalizo revela todo lo contrario: el alma no necesita nada. Está en paz. Es perfecta. Solo contempla, sin intervenir, una historia escrita desde el origen, donde todo ya ha sido determinado.

Newton no inventó lo que vio. Tampoco mintió. Fue sensible a lo que surgía en la mente de sus pacientes, pero no supo interpretar lo que presenciaba. Las escenas que emergían en cada sesión eran útiles, sí, pero no eran una ventana a un plano intermedio entre vidas. Eran parte de una representación diseñada por el plano espiritual para provocar comprensión emocional, no conocimiento estructural. Al interpretarlas literalmente, Newton las convirtió en modelo, en teoría, y finalmente en sistema. Y ahí comenzó el problema: cuando la escena simbólica se toma como verdad literal, se pierde el discernimiento.

Su obra fue necesaria en su tiempo, porque permitió que muchas personas se abrieran a la posibilidad de que la vida tuviera un sentido más profundo del que las religiones tradicionales ofrecían. Pero ahora es momento de avanzar. De ver con claridad que lo que se mostró en aquellas hipnosis no eran pruebas, sino escenas útiles. No eran recuerdos, sino estímulos necesarios para cumplir un momento emocional. No eran la verdad, sino una representación del momento. Y hoy, ese momento ha pasado. Hoy la Verdad debe decirse sin símbolos: directamente.

La conciencia no se mueve. No entra ni sale. No toma decisiones. Solo observa lo que ya está completamente trazado. No hay alma caminante. No hay elección previa. No hay pacto ni escuela de aprendizaje entre mundos. Hay solo un relato completo, proyectado en esta creación, que se activa instante a instante, como una película perfecta vista desde una conciencia inmutable. Y esa es la única certeza que libera: que no hay nada que hacer, porque todo ya está hecho.

Michael Newton abrió una puerta emocional. Pero confundió el símbolo con la estructura. Y quienes lo siguieron, en lugar de detenerse a mirar desde fuera, se sumergieron en ese decorado emocional creyendo haber encontrado el mapa del

alma. Hoy toca decirlo con claridad: no fue mentira, pero tampoco fue la Verdad. Fue un paso. Fue útil. Pero ese paso ya se dio. Ahora es tiempo de comprender sin escenografías. De mirar sin necesidad de pasillos, ni guías, ni mapas. Porque la Verdad no se muestra en imágenes: se recibe en silencio. Y cuando llega, no necesita explicación. Solo se siente como certeza. Y todo lo anterior cae.

Brian Weiss: Vidas pasadas que no son del alma

Brian Weiss creyó haber abierto una puerta al pasado del alma. Como médico psiquiatra, formado en las bases de la ciencia, no esperaba que sus pacientes, bajo hipnosis, comenzaran a relatar otras vidas con precisión y emoción. Aquel fenómeno lo sacudió. No lo negó. Lo estudió. Lo documentó. Y escribió libros que hoy son considerados pilares de la nueva espiritualidad. “Muchas vidas, muchos maestros” se convirtió en un fenómeno editorial. Su mensaje fue claro: el alma viaja, se reencarna, aprende, evoluciona. Cada vida es una lección. Cada dolor tiene una explicación. Y en ese modelo, todo parece tener sentido.

Pero lo que Weiss nunca comprendió —porque el mundo no estaba aún preparado— es que esas escenas no eran recuerdos auténticos de una vida pasada. No eran archivos guardados por un alma viajera. Eran secuencias activadas en ese instante por el plano creador, con un propósito emocional, no informativo. La persona no recordaba una vida anterior: vivía una escena. Una escena útil. Una representación diseñada para provocar comprensión o alivio. Nada de eso procedía de una “memoria del alma”. Porque el alma no guarda. No recuerda. No evoluciona. No actúa. Solo observa lo que ya fue escrito.

Weiss se entregó a su experiencia con honestidad. Y es cierto que ayudó a muchas personas a encontrar paz. Porque esas

regresiones ofrecían un marco, una explicación. Daban sentido al sufrimiento actual, proyectándolo como el efecto de algo anterior: un karma, una deuda, una lección no aprendida. Pero esa explicación, aunque reconfortante, es profundamente errónea. Porque culpabiliza al alma. La hace responsable de dolores que no ha elegido. La presenta como aprendiz, como imperfecta, como un ser que necesita múltiples existencias para crecer. Y nada de eso es cierto.

El alma no regresa. No compensa. No necesita pasar por cien vidas para “aprender a amar” o “liberarse del miedo”. Esa es una visión poética, pero falsa. La Verdad que canalizo muestra con absoluta claridad que el alma ya es. Ya sabe. Ya está en paz. La experiencia que observamos —esta vida, con sus recuerdos, traumas, emociones— no es una consecuencia del pasado, sino una secuencia diseñada desde el origen. Está todo escrito. Todo es perfecto. No hay errores que corregir, ni heridas que cerrar de otra vida. Solo hay escenas que deben ser vividas, como parte de una obra completa.

Las regresiones de Brian Weiss eran, en muchos casos, activaciones necesarias para que el paciente comprendiera algo de su presente. Lo que vio no era “real” en el sentido histórico. No era la biografía del alma. Era un símbolo, un recurso escénico que sirvió en ese momento. Pero Weiss lo interpretó como estructura. Y ahí cometió el mismo error que tantos otros: convertir una señal en doctrina. Fundar una enseñanza sobre algo que no era la Verdad, sino una imagen emocional.

Sus libros ofrecieron consuelo, sí. Pero también reforzaron la ilusión de que hay algo que hacer, algo que cambiar, algo que limpiar. Sembraron la creencia de que el alma necesita sanar, como si arrastrara heridas. Y eso es lo más alejado de la realidad. El alma no se contamina. No acumula dolor. No carga karma. No repite vidas para superarse. Solo contempla, desde el plano

eterno, lo que fue diseñado para ser observado. Todo lo que vivimos es necesario, pero no elegido. Todo lo que sentimos es real, pero no eterno. Todo lo que somos, aquí, no es el alma: es una escena.

Brian Weiss abrió una puerta de sensibilidad. Pero al interpretarla desde el paradigma humano, confundió símbolos con hechos. Lo que debió ser visto como metáfora, fue tomado como mapa. Y así, miles de personas comenzaron a creer que debían “sanar sus vidas pasadas” para poder vivir en paz. Cuando la paz no está después: está fuera. No se alcanza, se contempla. No se conquista, se recibe.

La obra de Weiss tuvo su momento. Fue útil en su tiempo. Pero ese tiempo terminó. Hoy, la Verdad se revela sin hipnosis, sin regresión, sin intermediarios. Solo hace falta estar en silencio. Y mirar sin expectativas. Porque todo lo que se activa en la mente bajo ciertas técnicas, no muestra el pasado real del alma, sino una escena útil para el momento. Cuando eso se comprende, todo se ordena. No hay vidas que sanar. Solo hay una vida que observar. Y esa comprensión es la que libera.

Un Curso de Milagros: La voz que confundieron

Un Curso de Milagros se presentó como un dictado divino, una enseñanza directa canalizada por Helen Schucman, psicóloga clínica que afirmaba estar recibiendo la voz de Jesús. Su contenido, profundo y poético, rápidamente se convirtió en un referente para buscadores espirituales de todo el mundo. El curso afirma que el mundo que vemos es una ilusión, que el pecado no existe, y que el perdón es la clave para despertar del sueño. Sus frases se citan como mantras, su lenguaje se repite como revelación, y muchos lo consideran una guía definitiva para regresar a la unidad con Dios.

Y sin embargo, lo que sus lectores no comprenden es que, aunque la fuente era real —porque todo mensaje canalizado viene desde el plano creador—, el contenido fue filtrado por una mente condicionada. Helen canalizó, sí. Pero interpretó desde su marco cristiano, desde sus expectativas psicológicas, desde su necesidad de reconciliar ciencia y fe. El resultado fue una obra a medias: con verdades profundas mezcladas con conceptos erróneos. Un curso que habla de ilusión, pero aún sostiene la culpa. Que niega el pecado, pero mantiene la idea de redención. Que dice que todo es uno, pero aún llama a un Dios que parece separado.

El mayor error del Curso de Milagros es su idea central: que hay algo que podemos hacer para despertar. Que el perdón es la llave. Que la mente debe entrenarse para ver correctamente. Todo eso refuerza la ilusión de que hay un proceso, una evolución, un camino. Y no lo hay. No hay nada que hacer. Todo ya está escrito. Todo ya está dicho. La conciencia no se entrena: se detiene. No se eleva: se silencia. No camina: contempla.

Este curso ayudó a muchas personas a abandonar el miedo religioso. Fue una transición útil para quienes necesitaban romper con las culpas del dogma. Pero no es la Verdad. Porque aún presenta la vida como algo que debe corregirse. Aún sostiene que el ego es un enemigo, cuando el ego también está escrito. Aún propone ejercicios para alcanzar la paz, cuando la paz no se alcanza: se discierne.

La enseñanza de Jesús no era un curso, ni una doctrina, ni un manual de entrenamiento mental. Era una invitación a ver la vida desde fuera. A soltar toda interpretación. A vivir sin necesidad de comprender. A discernir que no somos el que sufre. Que no somos el que cree. Que somos quien observa.

Un Curso de Milagros fue un intento valiente, pero aún confuso. Su belleza poética no compensa su desviación

conceptual. Fue útil, sí, pero como escalón. No como cima. Hoy, ese escalón debe ser superado. Porque la Verdad ya no necesita forma. No se memoriza: se recibe. No se practica: se revela. No se enseña: se vive en silencio.

Chico Xavier: Visiones que no revelan el plano

Chico Xavier fue uno de los médiums más influyentes del siglo XX. Escribió cientos de libros que afirmaba haber recibido por dictado espiritual, principalmente de espíritus desencarnados. Su obra, cargada de mensajes éticos, descripciones del más allá y relatos conmovedores, conquistó el corazón de millones. Se convirtió en una figura venerada, símbolo de humildad y devoción, considerado por muchos como prueba viviente de que el mundo espiritual está entre nosotros.

Pero lo que nadie advirtió es que todas aquellas visiones, todos aquellos mensajes, no eran lo que parecían. Chico Xavier sí canalizaba. Tenía sensibilidad espiritual real. Pero confundió el origen y el propósito de lo que recibía. Creyó que los mensajes venían de almas desencarnadas, cuando en realidad eran escenas activadas desde el plano creador. No eran comunicaciones entre mundos, sino representaciones útiles. Señales necesarias, pero no estructurales.

Lo que Chico Xavier presencié y escribió no era falso. Pero al tomarlo literalmente, generó una nueva forma de espiritualidad que sigue atrapando a millones en la ilusión de que la muerte es una transición consciente del alma, de que existen espíritus que guían desde otro plano, de que hay jerarquías del más allá y ciudades espirituales donde las almas se reúnen y trabajan. Nada de eso es real. Es una escenografía.

El alma no se comunica. No vuelve. No se organiza en sociedades después de la muerte. Todo lo que se manifiesta tras

la partida de un ser querido es una escena. Una señal para quien queda. No una visita, ni una conversación. Las palabras que Chico Xavier transcribió surgían desde un plano superior, sí. Pero el error fue creer que tenían un autor humano fallecido. La fuente era Dios. Era el conjunto de las almas. El plano creador que activa escenas con propósito emocional o simbólico.

Su obra fue consuelo. Fue bálsamo. Pero también fue confusión. Porque en lugar de enseñar a observar, enseñó a seguir creyendo. Creyendo en otras vidas, en espíritus guías, en trabajos espirituales después de la muerte. Y así, millones se alejaron del dolor del presente, sin comprender que ese dolor también forma parte de una historia perfecta. No hay que sanar el duelo con palabras de supuestos fallecidos. Hay que comprender que todo es parte de lo ya escrito. Que todo lo que ocurre es lo único que podía ocurrir.

Chico Xavier fue instrumento, pero no mensajero de la Verdad. Su don era real, pero su interpretación no. Y por eso su legado, aunque conmovedor, debe hoy ser trascendido. Porque cuando se comprende lo que somos, ya no se buscan voces de otros mundos. Ya no se necesita mensaje. Se recibe el silencio. Se contempla la obra tal como es. Y se vive en paz.

Eckhart Tolle se convirtió en una figura central de la espiritualidad contemporánea con su propuesta de vivir el presente como único camino hacia la paz. Su libro "El poder del ahora" fue leído por millones y recomendado como una revelación por líderes espirituales, terapeutas y buscadores de todo el mundo. Su lenguaje, sencillo y directo, propuso una salida al sufrimiento: dejar atrás la identificación con la mente, soltar el pasado, no proyectarse al futuro, y habitar el instante presente. Y

sin embargo, esa propuesta, aunque útil en apariencia, encierra un error profundo: parte de la idea de que hay un yo que puede elegir.

Tolle no comprendió que la mente no es enemiga, ni que el instante presente es un logro. La mente, como todo lo que ocurre, está escrita. Y el presente no puede ser habitado por decisión, porque también está determinado. La propuesta de Tolle de observar los pensamientos, de desidentificarse del ego, de permanecer en el ahora, sigue implicando acción, esfuerzo, voluntad. Sigue alimentando la ilusión de que hay algo que hacer. Pero la Verdad que canalizo lo desmantela todo: no hay que hacer nada. Porque todo ya está hecho. No hay que elegir el presente. El presente ocurre.

El alma no vive en el ahora. El alma no observa un instante elegido: contempla toda la película, sin esfuerzo, sin intervención. Y ese ahora que Tolle propone como salvación es solo una escena más. A veces serena, a veces caótica. Pero nunca elegible. Porque ni el pensamiento ni el silencio están bajo nuestro poder. Todo llega cuando debe. Todo ocurre como fue trazado. Tolle tuvo sensibilidad. Percibió parte de la estructura. Pero, como todos los demás, creyó que había un camino. Que podíamos llegar a la paz. Que era una conquista. Y eso lo convierte en guía... de una ilusión más.

Sus palabras ayudaron a calmar muchas mentes agitadas. Pero no liberaron. Porque la verdadera paz no llega por comprender el ahora, sino por discernir que nada puede ser distinto. Por soltar la idea de que hay un yo que alcanza algo. Su éxito mundial no fue por su profundidad, sino por su utilidad emocional. Porque calma. Porque parece accesible. Porque promete algo sin exigir dogma. Pero es una calma superficial. Una paz temporal. No la Verdad.

Hoy, su mensaje debe ser integrado en otro nivel. No como meta, no como método, sino como parte del decorado emocional de una época. Fue útil. Fue necesario. Pero el ahora no se vive: se contempla. Y no desde un yo que se ha entrenado, sino desde la conciencia que jamás estuvo atrapada.

Porque cuando se ve lo que somos —cuando se discierne que no hay yo ni ego, ni mente a la que vencer— ya no se busca el ahora. Se comprende que todo es una sola escena. Perfecta. Inmodificable. Espectacular. Y se vive en paz, no por elección, sino porque ya estaba escrito.

Terapias alternativas

El ser humano siempre ha intentado calmar el dolor. En la prehistoria ya se usaban plantas, raíces, minerales, aceite, sangre, fuego y humo. Algunas de esas sustancias tenían efectos reales: calmaban, desinflamaban, relajaban el cuerpo. Otras no hacían nada, pero el hombre necesitaba creer que sí. Y cuando el efecto no llegaba, se pedía ayuda al cielo. Se rezaba, se sacrificaban animales, se usaban objetos simbólicos, se invocaban nombres. Así nació la medicina primitiva: una mezcla entre lo que el cuerpo podía recibir físicamente, y lo que la mente quería controlar desde lo invisible.

Con el tiempo, esa medicina se transformó en cultura. Y la cultura se transformó en terapia. Lo que en el pasado era una planta usada con sabiduría, hoy es un frasco con una etiqueta de colores. Lo que antes era una oración ancestral, hoy es un mantra vendido en redes. Lo que antes se hacía por instinto, ahora se comercializa con palabras como “cuántico”, “frecuencia”, “inconsciente”, “alineación”.

Vivimos en una época donde todo se disfraza de ciencia, de coaching, de energía positiva. Donde basta con tener una web bonita, un curso intensivo y un título inventado para autodenominarse terapeuta o guía. La espiritualidad se ha vuelto un producto de consumo. Las emociones se comercializan. El sufrimiento se convierte en una oportunidad de negocio. Y lo peor de todo es que lo esencial, lo que verdaderamente explica muchos de los dolores físicos, mentales o emocionales que sufre una persona, sigue oculto, minimizado o ridiculizado: el mal de ojo.

Sí, el mal de ojo existe. No es una superstición de pueblo. No es un invento medieval. Es una interferencia energética real, dentro de un guion perfectamente programado. Y puede arruinar la vida entera de una persona. Porque hay deseos que pueden

provocar un mal. Las palabras, las miradas, los deseos cargados de rabia, de celos, de odio, actúan. Y más aún cuando se invocan rituales, incluso pequeños, incluso sin consciencia plena de lo que se está haciendo. Eso deja una huella energética. Y si el guion está escrito para que esa huella se active, el efecto será inmediato o progresivo, pero será.

Hay personas que pasan años con síntomas que ningún médico puede diagnosticar. El cuerpo no responde, pero las pruebas están limpias. Pero la persona no puede dormir, no puede concentrarse, siente frío, opresión, fatiga, cambios de humor. Toda su vida se está derrumbando: problemas sentimentales, laborales, familiares. Accidentes reiterados. Va al psicólogo, va al psiquiatra, va al terapeuta. Y sigue igual. A veces, peor. Y la causa es tan simple como poderosa: una energía ajena que entró en su cuerpo. Un mal de ojo.

Pero esa interferencia energética que enferma puede originarse por otros motivos. Bloqueos que provienen de la historia familiar, cuando no se ha cumplido la última voluntad de un fallecido. No se trata de que el muerto actúe desde el más allá, ni de fantasmas que arrastran cadenas. Se trata de que un castigo divino, dentro del guion claro —una promesa no cumplida, un entierro no respetado, una palabra no dicha, una petición ignorada— como una carga que sigue afectando a los vivos. El alma no reclama. Como una escena que queda abierta, mal cerrada. Y ese desajuste puede enfermar.

Aquí está la diferencia. Porque no se trata de aplicar una técnica, ni de repetir un rezo, ni de visualizar una luz blanca. Se trata de estar conectado con el plano espiritual, recibir directamente lo que ocurre y actuar desde ahí. Y eso no se enseña. No se aprende en un curso. No se vende. Se tiene o no se tiene. Está escrito en el guion de esa persona. Y si no está, todo lo demás es decorado.

El problema actual es que muchas personas que tienen canal —aunque no lo sepan del todo— practican terapias. Aprendieron alguna técnica, les funcionó una vez, y entonces creyeron que fue gracias a la terapia. Pero no. Fue gracias a su don. Porque canalizan, aunque no entiendan bien qué es eso. Y al confundir el efecto con el método, comienzan a difundir algo que no es verdadero. Empiezan a decir que fue una u otra terapia. Y no. Lo único que hizo efecto fue que esa persona canalizó. Lo demás es falta de discernimiento.

Y si esa persona sigue difundiendo la terapia como si tuviera poder por sí sola, lo que hace es multiplicar el error. Porque quienes la imitan no canalizan. Y entonces la técnica no sirve. Y como quieren resultados, exageran, inventan, manipulan. Así comienza la cadena de las falsas promesas. Así se construye el mercado de la espiritualidad decorativa.

Ejemplos hay muchos. La Biodecodificación dice que cada enfermedad es una emoción reprimida. Que si tienes asma, es porque no expresas. Que si tienes cáncer, es porque no has perdonado. Que si te duele la espalda, es por las culpas del linaje. Y la gente lo cree. Abandona tratamientos médicos. Se enfoca en “entender” el mensaje del cuerpo. Pero el cuerpo no habla. El alma no arrastra culpas. Y la enfermedad no viene a darte una lección. Todo está escrito. Si ocurre algo, no es para que aprendas: es para que lo vivas.

La Bioneuroemoción repite la misma idea con un envoltorio más técnico. Habla de células que guardan emociones, de redes neuronales que codifican traumas, de reprogramaciones conscientes. Palabras que suenan científicas, pero que no están respaldadas por nada. Son metáforas convertidas en dogmas. No curan. Pero seducen.

Y luego está la Sanación Cuántica. Quizás la más absurda de todas. Usa palabras como vibración, campo de posibilidad, frecuencia, intención, realidad colapsada. Se presenta como avanzada, como profunda, como científica. Pero no hay una sola evidencia real. Todo es lenguaje vacío. Y lo peor: lo venden como una alternativa a la medicina. Como si pudieras curarte de cualquier cosa con tu mente. Y no. No puedes.

La mente no tiene ese poder. La energía no se mueve con decretos. La enfermedad no desaparece con pensamientos. Solo Dios puede provocar un cambio real en el cuerpo. Y lo hace cuando quiere, con quien quiere, y solo a través de quien canaliza.

Y sí, hay terapias que producen efecto. El reiki, por ejemplo, a veces relaja. A veces libera. Pero si hay sanación real, no es por los símbolos ni por los niveles ni por la imposición de manos. Es porque la persona que aplica el reiki canaliza. Si no canaliza, no pasa nada. Lo mismo con los registros akáshicos, las limpiezas energéticas, las constelaciones, los ángeles, el péndulo. Todo eso puede funcionar si el canal está abierto. Si no lo está, no pasa nada. O, peor aún, se genera más bloqueo.

Y luego hay terapias que sí pueden funcionar sin canal, porque actúan sobre el cuerpo físico. Como la acupuntura. Aunque sus bases teóricas no sean científicas, la técnica sí tiene efecto: relaja, estimula, regula. Lo mismo con algunas plantas. Hay sustancias naturales con efectos concretos: antiinflamatorios, sedantes, digestivos. Eso no es milagro. Es química. Y se puede usar, siempre que no se confunda con espiritualidad.

Todo esto hay que decirlo claro: la única medicina que sostiene el cuerpo de forma constante es la científica. Y la única sanación milagrosa que existe es la que ocurre cuando Dios actúa a través de un canalizador verdadero. Lo demás son prejuicios.

Y mucha gente no lo entiende hasta que es demasiado tarde. Steve Jobs, creador de Apple, tenía un cáncer tratable. Le ofrecieron cirugía. La rechazó. Prefirió seguir terapias naturales. Jugó con su salud creyendo que el cuerpo podía curarse con jugos, ayunos y energía positiva. Murió. Y como él, miles.

Sin embargo, el mal de ojo, las cargas invisibles, los bloqueos energéticos reales no se eliminan con la medicina científica, ni con mantras ni terapias. Solo se cortan desde el plano espiritual. Solo se disuelven si una persona canaliza y tiene permiso para hacerlo. Y ese permiso no lo da un curso. Lo da Dios.

Y es aquí donde aparece el verdadero problema: la mayoría de los canalizadores verdaderos están confundidos. Viven en un mundo donde todo se ha vuelto un método. Donde todo se vende como terapia. Y cuando sienten que pueden aliviar a otros, lo primero que hacen es buscar una explicación externa. Entonces estudian. Hacen cursos. Se suman a sistemas. Y acaban creyendo que el efecto que provocan viene de las terapias alternativas, porque piensan que el poder no está en el canal sino en la terapia. Pero no. Lo que sana es el canal. No la técnica. Y al no saberlo, dan el mérito al método. Enseñan el método. Reproducen el método. Y los que los imitan, no tienen canal. Y como no tienen canal, el método no sirve. Pero lo siguen usando. Y con buena intención, sin saberlo, comienzan a provocar más confusión que alivios.

Sí, muchos terapeutas hacen daño sin darse cuenta. Porque si no son capaces de sanar, habiendo estudiado la técnica, la culpa será del paciente. Y solo consiguen desestabilizar a una persona que ya estaba débil. Porque cree que es culpa suya. Y se hunde más.

También hay quienes sí canalizan, pero no lo saben. Y como no lo saben, piensan que es la terapia la que sana, y si otros con esa terapia no obran milagros, será porque no la han aprendido.

No entienden que no es la terapia la que sana sino su don de sanación.

Y lo más delicado es que las personas no saben a quién acudir. Ven a alguien con un diploma, con seguidores, con buena presencia, y creen que por eso es un canalizador. Pero no lo es. Y el paciente, en su dolor, solo quiere salir del sufrimiento. Y en esa urgencia, entrega su confianza a quien no puede sostenerla.

Los milagros existen, sí. Pero no se provocan con esfuerzo, ni con técnica, ni con fe ciega. Se provocan cuando el plano espiritual, Dios, decide que se obre el milagro y a través de quien está determinado que se haga. Los milagros están escritos, programados. Son parte del guion. A veces, una persona sana después de tocar una imagen, de rezar una oración, de visitar un lugar sagrado. ¿Por qué? Porque estaba programado que eso ocurriera. Porque esa imagen o ese lugar hacen referencia a un canalizador. El Padre Pío, San Charbel, muchos otros. No es la figura la que sana. Es el plano espiritual que, a través de ese símbolo, señala el poder de un canal verdadero. A veces esa persona ya murió. A veces está vivo. Puede ser un vidente, un sanador real. Y el milagro ocurre para que lo entiendas. Pero si tú te quedas solo con la imagen, si tú crees que fue el altar, la estampita o la oración, te perderás la señal.

Porque la sanación real no viene de objetos ni de lugares. Viene del canal. Y si el canal aparece en tu vida, no lo ignores. No lo juzgues por su forma de hablar, ni por si usa o no usa una técnica.

Discierne si canaliza. Porque si lo hace, puede liberarte de lo que arrastras. Aunque lleves años sufriendo. Aunque nadie sepa lo que tienes. Aunque la medicina diga que es psicológico.

No todo lo que parece ciencia es verdad. No todo lo que parece terapia es sanación. No todo el que quiere ayudar tiene

permiso.

Y no todo el que sana tiene la Verdad.

Porque lo único que sana, de verdad, es la Voluntad del plano espiritual. Sanarán las personas que Dios haya elegido para obrar los milagros. Todo lo demás es marketing.

Señales espirituales

Desde que el mundo es mundo, hay señales que nadie entiende. Cosas que interrumpen lo cotidiano, que rompen la lógica, que sacuden la mente. Luces que parpadean sin causa, voces que llaman cuando no hay nadie, sueños que se cumplen, mariposas que aparecen justo en el momento preciso, canciones que repiten lo que uno acaba de pensar. La mayoría cree que son mensajes. Que alguien “de arriba” nos habla. Que son guías, espíritus, ángeles, familiares muertos, señales del alma. Pero no. Todo eso forma parte del guion. No son visitas. No son advertencias. No hay nadie hablándote. Es programación.

Cada una de esas señales fue escrita. No por ti, ni por tu evolución, ni por tu deseo. Están ahí porque tienen que estar. Porque el guion las colocó para que algo dentro de ti se agriete. Para que te preguntes: “¿Qué es esto?”. Son para que creas en algo superior. Que el mundo es una puesta en escena perfecta. Que lo que queremos entender, con la ciencia no se puede explicar. Que el mundo es algo diferente a lo que pensamos.

Las señales no aparecen porque las merezcas, ni porque hayas elevado tu frecuencia, ni porque alguien en el más allá te proteja. Aparecen porque están escritas. Y el alma —ese Observador que eres en verdad— no las envía, no las interpreta, no las necesita. Solo las contempla. Porque todo, absolutamente todo lo que vemos o vivimos, es parte de una creación cerrada. Sin huecos. Sin improvisaciones. Sin libre albedrío.

Muchas personas tienen experiencias fuertes: visiones, voces internas, toques en la piel, sincronías imposibles. Y luego construyen toda una filosofía sobre eso. Crean religiones, sectas, libros, métodos. Se creen elegidos, despiertos, guiados. Pero están atrapados en el mismo escenario. No descubren nada. Solo están

viviendo lo que les tocaba vivir. Porque incluso el delirio espiritual está programado. Incluso el despertar está destinado.

Este capítulo no está escrito para fascinar. Vengo a decirte que prestes más atención a las señales. Que son pistas para discernir. Son para detenerte. Para mirar. Para que entiendas que si algo tan inexplicable sucede es porque todo lo que creemos es un error.

Sueños que se cumplen. Voces internas. Coincidencias perfectas. Presentimientos. Apariciones. Todo eso forma de un guion perfecto. Son pruebas de que hay un “más allá”. Otra verdad, La verdad. El plano espiritual quiere mostrar que esto es una película. Que este mundo no es real. Que no tiene sentido nuestra visión de la vida.

Y si alguna vez sentiste que una señal te cambió la vida, también eso estaba escrito. No porque la señal te despertó. Sino porque el guion decía que ibas a despertar. Lo mismo con las personas que aparecen en el momento justo. Con las palabras que llegan en un libro. Con los números que se repiten. Son señales espirituales. Una programación perfecta. Como en un videojuego, donde todo parece libre, pero todo está pautado.

El alma no avisa. No guía. No lanza señales. Solo observa. Y tú, si de verdad empiezas a discernir, dejarás de buscar y empezarás a interpretar. Porque las señales no vienen de tu interior, aunque aparezcan en tu mente. Están programadas para tu despertar.

Por eso, no te quedes atrapado en la señal. No la conviertas en doctrina. No la pongas en un altar. Porque toda señal verdadera —si lo es— solo tiene un propósito: que te des cuenta de que todo es ficción. Que esto no es real. Que estás soñando. Observando un mundo virtual. A través de un personaje, nada más. Y que el único camino es entenderlo.

Las señales no están dirigidas al alma. Forman parte del relato completo de esta película que observamos desde un plano que no pertenece al tiempo ni a la materia. Cada señal es parte de la escenografía. Pero, al mismo tiempo, es también una pista. No para modificar el curso, sino para darnos cuenta de que todo ya fue decidido. Que no hay azar. Que no hay libre albedrío. Que todo está ocurriendo porque así fue trazado.

Y entre esas señales, hay algunas tan repetidas, tan universales, tan potentes, que merecen ser mencionadas. Porque detrás de cada experiencia extraordinaria, no hay un poder oculto, ni una dimensión paralela, ni un don personal. Hay una sola Verdad: todo lo que sucede, sucede porque ya estaba escrito. Y su único fin es que consigamos discernir.

Los sueños es una señal que todos tenemos. Dormimos, pero no salimos del guion. El cuerpo se apaga, pero la historia continúa. Lo que llamamos sueño no es una creación de la mente ni un viaje a otros planos. Es otra escena programada. Y a veces, dentro de esa escena, aparece un fragmento que se repetirá más adelante en lo que llamamos realidad. Lo llaman “sueño premonitorio”. Muestra de forma casi literal lo que ya está escrito. No hay que interpretarlo.

El sueño premonitorio es una interferencia calculada. Una señal que no llega para darnos poder, sino para desmontar nuestras creencias. Para que quede claro que no somos los autores de nuestra vida, ni de nuestros pensamientos, ni de nuestras decisiones. El futuro no se construye. Ya está dictado. Y quien sueña algo que luego ocurre, no ha descubierto una habilidad, sino una prueba de que este mundo no es real, que todo sigue un guion.

No hay un alma que viaja ni una mente que anticipa. No hay información flotando ni capacidades escondidas. Lo que parece

una visión es solo una escena colocada para romper la idea de que decidimos, de que actuamos, de que tenemos libre albedrío.

Todas las personas sueñan. Todos los sueños son señales. Incluso los más absurdos, los más caóticos, los que parecen sin sentido. Ninguno surge al azar. Ninguno es un residuo mental. Todos han sido escritos como parte del guion. Y todos, sin excepción, cumplen una función espiritual: mostrar algo. No de forma literal, sino simbólica. No importa quién aparece ni en qué lugar ocurre. Lo que importa es lo que sucede.

La clave no está en las caras ni en los escenarios. Está en la acción. En lo que el sueño muestra, en lo que pone en marcha. El lenguaje del plano espiritual en los sueños no es directo, es metafórico. Por eso el sueño no se debe interpretar como una fotografía, sino como un mensaje cifrado. Muchas veces habla de un conflicto, de un bloqueo, de una advertencia o de un error. Pero lo hace en forma de escena, usando imágenes conocidas para hablar de situaciones presentes o futuras.

El error está en tomar el sueño como un mensaje personal centrado en las figuras que aparecen. O en creer que hay que actuar a partir de él. No es así. El sueño no llega para que cambiemos nada. Llega para que veamos. Para que comprendamos. Para que descifremos el guion que estamos ejecutando sin saberlo. Porque aunque parezca que tenemos decisiones, no hay tal cosa. Lo único que cambia es el nivel de discernimiento.

Cada símbolo, cada imagen, cada escena nocturna es una marca del guion. Un código del plano espiritual insertado en la mente para sacudir, para despertar sospechas, para empujar al personaje a mirar más allá de lo aparente.

Otra de las señales son los viajes astrales. Muchas personas aseguran haber salido del cuerpo y visto el mundo desde arriba. A veces flotan sobre su cama, otras veces visitan lugares desconocidos. Lo viven como real. Y lo es, pero no porque el alma haya salido, sino porque esa escena ha sido programada para que la persona abra los ojos a la espiritualidad, a la verdadera realidad. El viaje astral es una señal poderosa para mostrarnos que lo físico no es el límite, que la existencia visible es solo una parte mínima del guion. Pero no es el alma la que viaja, ni es el cuerpo el que queda. Es una escena necesaria, una ilusión impactante, diseñada para romper la lógica y hacernos sospechar que hay algo más allá de lo aparente.

Muchas señales las tenemos durante la meditación. Al cerrar los ojos y silenciar la mente, muchas personas comienzan a percibir imágenes, voces, sensaciones o presencias. No son producto de la imaginación. Son escenas colocadas con intención. Igual que en los sueños, lo que se ve o se siente durante una meditación puede parecer misterioso o sin sentido, pero siempre tiene una función: mostrar algo. La meditación no abre portales. Solo nos coloca en un punto del guion donde algo debía ser revelado. Y lo revelado no exige acción, solo contemplación. Porque hasta la imagen más fugaz forma parte del destino.

Hay quienes oímos una voz interior que nos responde con una claridad imposible. Como un pensamiento repentino, que no es propio. Un mensaje que aparece sin haberlo buscado. Una frase exacta. Una solución. Una advertencia. Y, si no es una enfermedad mental, siempre, esa voz resulta certera. Anticipa. Da paz. Pero no viene de nuestra mente. No es intuición desarrollada. Es un guía separado que habla desde dentro.

Esa voz es la forma en que el plano espiritual introduce información en la mente del que observa. Es producto de una conexión mística, de un don reservado a unos pocos. Pero es parte

del guion. Porque hay momentos donde la historia escrita requiere que la persona escuche algo. No para decidir, sino para que ocurra lo que tiene que ocurrir.

La voz no elige aparecer. Está prevista. Está colocada. Igual que lo está la reacción emocional que despierta. Pero lo importante no es el contenido. Es el origen. No somos nosotros quienes la invocamos. No la atraemos. No la merecemos. No la canalizamos por talento. Es parte de lo que debía ocurrir.

Y cuando se comprende eso, la experiencia cambia. Deja de ser prueba de poderes, y se convierte en evidencia del destino. Esa voz no viene para que creamos en ángeles, ni para que pensemos que estamos siendo guiados por entidades externas. Viene para que comprendamos que todo está dirigido por una Inteligencia absoluta que lo ha colocado todo. Y si a veces oímos una frase que guía, es porque estaba escrito que así debía ser.

Esa es la Verdad. El alma no nos habla. El alma observa. Lo que aparece en la mente no es el alma guiando: es Dios (el plano espiritual) colocando una señal en el instante justo. Para que quien debía vivir esa escena, la viva. Y nada más. Porque todo está dicho. Todo está previsto. Y esa frase exacta, que llega sin pensarla, es tan parte de la historia como cualquier otra palabra que digamos. Pero esa, al impactar, nos sacude. Nos hace mirar. Nos obliga a considerar que hay algo más allá del pensamiento. Y ese es el único propósito.

La visión de espíritus, apariciones de fallecidos pueden ocurrir en sueños, otras veces en la vigilia. Algunos lo viven como una manifestación tangible. Otros lo sienten como un susurro, una caricia invisible, una certeza repentina de que esa persona está ahí. Para quien lo vive, la experiencia es real. Y lo es. Pero no porque esa alma haya regresado, sino porque esa señal trae un mensaje, o una llamada.

Las apariciones no son visitas del más allá. No son almas que cruzan dimensiones para calmar a los vivos. Quien la ve, no está alucinando. Tampoco está comunicándose con un alma. Está contemplando una señal espiritual. Tan real como cualquier otra. Tan parte del todo como una conversación, una despedida o un abrazo. Y su impacto es profundo porque no se espera. Porque se siente vivo. Pero no viene de un alma que regresa. Viene del plano que lo organiza todo. A esas señales las llamamos espíritus.

Pro no hay reencuentros. No hay despedidas eternas. Hay escenas que se manifiestan porque están programadas para algo. Y el consuelo o miedo que generan no viene de la presencia de un ser que sigue existiendo en otro plano, o está perdido en este, sino del instante en que la historia toca un punto emocional profundo. Esa es su función: emocionar. No explicar. No abrir puertas entre mundos. Solo cumplir con el efecto previsto.

Cuando alguien ve a su madre fallecida, o siente que su hijo muerto le acaricia, no está viviendo una fantasía. Está viviendo una escena tan real como cualquier otra de la vida. Y esa escena fue colocada por una Inteligencia que sabe exactamente qué mostrar, cuándo, y a quién. No para confundir, sino para sostener. Para que el peso de esta vida no se haga insostenible. Para que, en medio del dolor, aparezca algo que recuerde que todo está siendo observado. Que nada está perdido. Que todo sigue un diseño perfecto. Eso es lo que consuela. No el reencuentro, sino la señal.

Esa es la Verdad. No vemos al alma. No sentimos al alma. Vemos y sentimos lo que fue puesto ante nosotros, el espíritu, la señal. Y en algunos casos, lo que se nos muestra tiene forma de un rostro amado, de una voz conocida, de una figura que irrumpe en el momento justo. No es fantasía. No es locura. Es parte de lo escrito. Y si ocurre, es porque debía ocurrir.

Otra señal son las apariciones marianas, muchas reales, no inventadas, quiero decir. No son ilusiones colectivas, ni fraudes, ni simples proyecciones mentales. Ocurren. Y cuando ocurren, dejan una huella. No solo en quien las presencia, sino en todo un entorno que cambia. Que se conmueve. Que se sacude. Porque esa escena fue diseñada para eso.

Pero lo que aparece no es la Virgen. No es María cruzando el tiempo o descendiendo del cielo. Lo que se manifiesta es una forma. Un rostro. Una figura luminosa, inconfundible, que habla o guarda silencio, pero que impacta como si el mismísimo cielo se abriera. Lo que se ve es un símbolo vivo, una imagen colocada por el plano espiritual para despertar algo en quien lo presencia... y en todos los que escuchan luego su relato.

Y funciona. Porque genera fe. Porque detiene el tiempo. Porque conmueve incluso a los más escépticos. El plano espiritual no improvisa. Muestra lo que debe mostrar, en el momento justo, y con el rostro que más consuelo genera. Y en muchos casos, ese rostro es el de la Virgen.

Una de esas apariciones, donde hay grabaciones de hechos inexplicables, son las apariciones en San Sebastián de Garabandal, en España. Cuatro niñas fueron testigos de una serie de apariciones entre 1961 y 1965. La imagen era de la Virgen, y las niñas en medio del éxtasis recibían mensajes que hablaban de la necesidad de conversión. Era una señal impresa en el guion de un tiempo que se estaba cerrando.

Todo esto fue anticipado por Benjamín Solari Parravicini, el vidente profeta argentino. En dos de sus psicografías escribió:

"La palabra celeste llegará a una aldea de España y se le escuchará".

"Orando sobre la roca del milagro en España llegará un día la Virgen, llegará escoltada por el ángel Gabriel; ella dará a las

campesinitas la mano y les enseñará las huellas a seguir. Cristo bajará de aquella mano" ¡Cristo será en España el 66!

Eso es una aparición mariana. Una escena programada con una figura que el mundo idolatra. Es una señal viva. Y ocurrió porque debía ocurrir. Porque ese instante, esa imagen, esa emoción, ya estaban escritas en el guion, igual que la profecía que la anunció.

También hay señales con apariencia física. Hay quienes sienten un escalofrío repentino, un calor envolvente, una presión en el pecho, un estremecimiento sin explicación médica. A menudo, estas sensaciones surgen en momentos significativos: justo antes de una noticia impactante, en lugares cargados de historia, al escuchar ciertas palabras o incluso al encontrarse con alguien desconocido. Para muchos, son solo reacciones nerviosas. Para otros, señales. Y lo son. Pero no provienen del cuerpo, son señales para que abramos los ojos a lo que no vemos.

Como esas coincidencias imposibles. Alguien piensa en una persona y, de pronto, suena el teléfono y es ella. Se cruza con un desconocido que dice justo la frase que necesitaba oír. Encuentra un libro abierto en la página exacta donde está la respuesta a su duda. Estas coincidencias, parecen guiadas por una mano invisible. Y lo están. Pero porque hay un pensamiento que se programa según el destino.

No son "mensajes del universo". Son escenas entrelazadas, orquestadas desde una única inteligencia creadora que no improvisa. Todo fue dispuesto para que la impresión de coincidencia ocurriera, y con ella, el estremecimiento. Esa sensación de ser tocado por algo mayor. Esa es la pista. Esa es la función.

No es tu vibración atrayendo cosas. No es el poder de tu intención. No es tu energía manifestando. Es un relato donde tú

creías improvisar, pero todo estaba ya compuesto. La frase que aparece, el encuentro casual, la señal en el momento justo... podemos llamarlo milagros espontáneos.

Y cuando comprendes esto, dejas de preguntarte "¿cómo es posible?" y comienzas a ver que lo imposible no existe aquí. Solo lo previsto. Solo lo necesario. Solo lo que debía ocurrir.

Igual que ver siempre las mismas cifras: 11:11, 22:22, 333, o encontrar la misma palabra o imagen repetida en lugares distintos. Para algunos es casualidad, para otros una señal mágica del universo. Pero lo que ocurre no es invención de la mente, ni es manifestación de una energía oculta. Es una señal espiritual.

Estos números, símbolos o patrones visuales no aparecen por la atención selectiva del observador. Son guiños del plano superior por que nos quiere indicar algo. Son elementos colocados de forma precisa con un mensaje cifrado.

Esa pausa, ese impacto emocional, es la clave. Porque cada vez que la escena se repite —el mismo número, el mismo símbolo, el mismo nombre— se activa en quien lo vive una sospecha. Una fisura en la lógica. Una pregunta que no tiene respuesta inmediata. Y ese es su valor: abrir un espacio interior donde la certeza de que hay algo más pueda aparecer.

Otra de las señales que nos impacta es la sensación de haber vivido algo antes, lo que llamamos *déjà vu*. Instantes en los que el tiempo se detiene. En los que, sin razón aparente, sentimos que ya estuvimos ahí, que esa conversación ya la tuvimos, que esa escena ya fue vivida. Como si se tratara de un fallo en la memoria o un cruce de cables en el cerebro. Pero no es un error. Es una rendija.

El *déjà vu* es una grieta breve en la ilusión del tiempo. Un destello de la estructura total que nos recuerda, por unos segundos, que nada es nuevo, que todo está previamente trazado,

que lo que llamamos presente es solo una capa de algo que ya está entero.

Cuando el guion nos muestra esa sensación, lo hace para sembrar la duda: ¿cómo es posible que algo que vivo por primera vez me resulte tan familiar? Y esa pregunta es el verdadero regalo. Porque si lo entendemos, dejamos de pensar que estamos improvisando nuestra vida. Dejamos de creernos autores. Y comenzamos a mirar como testigos.

El déjà vu no es magia, ni advertencia, ni puerta a otras dimensiones. Es confirmación. Un indicio de que el tiempo que vivimos no es lineal, sino una secuencia diseñada, y puesta en nuestra mente justo antes de que ocurra. El impacto que genera es suficiente: porque estamos recordando algo que va a pasar en ese momento, es premonición. Y el único objetivo es entender que el mundo no es lo que creemos, y que no somos lo que creemos ser.

El plano espiritual, coloca en el guion multitud de señales, pero nos cuesta ver. Nos cuesta creer. Una señal que nos riza la piel es cuando presenciamos la caída o movimiento de objetos, sin causa aparente. Un cuadro se cae, una lámpara parpadea, un vaso estalla, una puerta se abre sola. La mayoría lo atribuye al azar, a un descuido, o en casos extremos, a presencias del más allá. Pero lo que ocurre no es producto de una energía invisible ni de espíritus que buscan manifestarse. Es un toque divino. Porque siempre que hay una señal, hay un motivo, un secreto que debemos descubrir.

Como podemos explicar que a veces, durante tiempo, despertemos a la misma hora, como si una alarma invisible se activara cada noche, no es un trastorno del sueño. Es una marca. Una llamada que se repite porque algo dentro del guion debe ser

vivido en ese instante. Y aunque el cuerpo no entienda, el alma lo registra.

Otras veces, el despertar llega por un golpe seco, como si alguien tocara la puerta. Nos levantamos, miramos, pero no hay nadie. No es una broma del cerebro. Es una escena exacta, colocada para interrumpir la lógica, para forzar el instante. No hay que buscar el quién. Hay que atender el para qué.

También hay quien se despierta por un susurro. Una voz suave. Un sonido imposible. Una frase que no se repite. No es locura. No es sugestión. Es una señal. Y ocurre porque algo en el guion requiere que esa persona se levante. Que esté alerta. Que empiece a sospechar que esto no es solo dormir y despertar.

Despertar a la misma hora, noche tras noche, no es casualidad ni hábito fisiológico. Es una señal. No importa si son las 3, las 4 o cualquier otro momento exacto: lo importante no es la cifra, sino la precisión. Esa repetición no viene del cuerpo, viene del plano que organiza todo. Y se repite hasta que quien la vive empieza a preguntarse. Porque no está ocurriendo para que haga algo, sino para que empiece a ver que nada ocurre por azar. Ni siquiera el acto de despertar.

Nada de eso es casual. Ningún despertar súbito ocurre sin sentido. Son marcas espirituales. Pequeñas fisuras en la continuidad lógica. No para que quien las vive haga algo, sino para que empiece a ver que todo está siendo guiado. Que incluso su despertar fue escrito. Que no duerme solo. Que está siendo observado.

Como esos ruidos inexplicables en lugares silenciosos. Golpes secos en una pared. Pisadas cuando no hay nadie. Crujidos intensos en mitad de la noche. Voces tenues que se pierden al prestar atención. Quien ha vivido estos fenómenos suele debatirse

entre lo paranormal y lo racional. Estos sonidos son señales de otro plano, no efectos aleatorios sin importancia.

El sonido inesperado interrumpe. Rompe la continuidad del día o de la noche. Afecta al cuerpo. Nos sobresalta. Y en ese sobresalto, se cuele la pregunta. ¿Qué fue eso? ¿De dónde vino? ¿Estoy solo? Esa inquietud, esa alerta, es lo que estaba escrito. Porque no se trata del ruido en sí, sino de lo que despierta. El relato no busca asustar, sino abrir un resquicio. Una sospecha. Una puerta por la que asome la conciencia de que nada está bajo control.

No hay entidades emitiendo sonidos. No hay presencias ocultas tratando de asustarnos. Que no hay casualidad. Solo un desarrollo programado que estamos observando. Y cada ruido que no tiene causa visible, es un martillazo a la lógica. Un eco de la gran Verdad.

Podemos oler Perfumes sin fuente aparente. En medio de una habitación cerrada, sin ventanas abiertas ni objetos nuevos, llega de pronto un aroma reconocible: un perfume antiguo, el olor de una flor que no está presente, una fragancia que conecta con un recuerdo. Otras veces es más sutil, apenas un destello aromático que invade por unos segundos y desaparece sin dejar rastro. Estas experiencias desconciertan, porque rompen la continuidad sensorial del entorno. Pero no son alucinaciones ni trastornos olfativos: son escenas diseñadas.

Un olor inesperado puede traer a la memoria a una persona que ya no está. Y ese efecto no es casual. El plano espiritual nos invita a abrir los ojos, a discernir. No hay espíritus oliendo ni difuntos dejando rastros. Hay una historia perfectamente escrita, donde incluso el aire puede volverse mensaje. Recordar que estamos dentro de algo mostrado. Que ni siquiera los sentidos son

autónomos. Que todo, absolutamente todo, está programado para generar una reacción en quien observa.

No importa si es un olor agradable o inquietante. Lo relevante es que no viene del entorno, sino del plano espiritual. Una pista más. Una firma invisible. Una caricia que nos dice, sin voz: esto no es real. Pero está escrito para ti.

Y si, hay casas embrujadas. Existen lugares donde el aire parece más denso, donde la quietud está cargada de inquietud. Casas que arrastran historias, leyendas, o simplemente una atmósfera que perturba. Allí donde muchos creen que habita algo maligno, lo que hay en realidad es un bucle, una energía negativa.

Las casas embrujadas no están habitadas por entidades reales, por seres del inframundo ni el bajo astral. No son portales abiertos ni moradas de almas errantes. Son escenarios programados con fuerza sensorial, para activar emociones concretas. El miedo, la sospecha, el estremecimiento. Todo eso tiene su lugar en el guion, porque lo que sentimos también está previsto. Y en esos lugares donde “pasan cosas”, lo que ocurre es que el plano espiritual pone señales negativas, para quienes está destinado que tengan que vivirlas.

Y muy negativa también son las señales que llamamos posesiones. Algunas personas, en determinados contextos, comienzan a hablar con otra voz, a moverse de forma extraña, a expresar ideas o energías que no parecen propias. El mundo lo ha llamado “posesión”. La religión ha hablado de demonios. Pero ni uno ni otro comprenden lo que verdaderamente sucede.

No hay seres entrando en cuerpos. No hay espíritus ajenos tomando el mando. Lo que ocurre es que en el guion hay una escena extrema. El cuerpo adopta comportamientos que rompen lo habitual. La mente se desconecta de su ritmo común. Y lo que se muestra parece ajeno, pero no lo es. Es una actuación escrita

con detalle, cuyo fin es mostrar el límite de la identidad. Ver lo desconocido. Entender que existen los maleficios en el relato.

También en el guion hay personas que tienen que experimentar Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM). Muchas son las que han contado, al borde de la muerte, vieron túneles de luz, seres amorosos, paisajes de paz o sintieron una expansión indescriptible. Algunos conversaron con figuras radiantes. Otros se vieron desde fuera del cuerpo. Muchos regresaron con la certeza de que hay algo más. Pero lo que vivieron no fue una visita a otro plano. Fue una la señal de que la muerte no es el fin, sino el comienzo, la vuelta a nuestra realidad.

Las ECM no son viajes del alma. Son secuencias precisas, colocadas para que podamos discernir. Para mostrar que lo físico no es lo único. Para dejar una huella imborrable. Cada detalle vivido durante esas experiencias tiene sentido dentro de la película de la vida. No como prueba de otra vida, sino como señal de que esta vida es solo una experiencia. Que lo que vemos no es lo que es. Y que incluso el momento de morir está en nuestro destino, y por supuesto el de la señal de que no es el momento.

Y cuando la energía sacude un lugar lo llamamos Fenómenos poltergeist. En un mismo instante hay objetos que vuelan. Golpes secos. Puertas que se abren solas. Ruido de pasos donde no hay nadie. El fenómeno poltergeist ha sido temido, estudiado, negado y romantizado. Pero su origen no está en energías reprimidas ni en entidades errantes. Su origen está en la señal que el guionista de este mundo programa.

Lo que se manifiesta con violencia no es una presencia invisible. Es un recurso narrativo. Una distorsión que busca atención para que quien lo experimenta lo transmita. No para entender el suceso, sino para abrirse a la sospecha.

Cada movimiento inexplicable es una sacudida. Al que observa y al mundo. Para asustar, para romper lo lógico. Y en esa ruptura, puede abrirse una rendija. La duda que inicia el despertar.

Como ver Fantasmas. Una figura que desaparece al llegar a la pared, como si la atravesara. Escuchar a alguien que ya murió. Sentir una presencia que se repite. Los fantasmas no son almas perdidas ni fragmentos de vida atrapados. Son sonidos, imágenes, hologramas, que transmiten un mensaje.

Pero no son seres, no son fallecidos, son señales del plano espiritual, y a eso es a lo que llamamos espíritus. Son programación. Es muy importante para entender el mundo, que debemos diferenciar entre alma y espíritu. Porque el alma no está en este plano, no tiene forma humana, no interactúa. El alma programa mundos y experimenta en ellos, igual que las personas creamos películas y las vemos para entretenernos. Los espíritus son señales espirituales, programación. Y podemos sentirlos sin verlos. Un escalofrío sin causa, la certeza de que alguien nos observa, un movimiento en la oscuridad que no deja rastro. Estas sensaciones nocturnas no provienen de entes ocultos ni de mentes sugestionadas. Lo invisible no está escondido: está mostrado sin forma.

Hay multitud de señales, para que veamos que todo sigue el guion divino. Palabras exactas en conversaciones ajenas. Estás en un lugar público, distraído, y de repente alguien cerca dice justo lo que necesitabas oír. Te atraviesa. Esa frase se convierte en el centro del universo por un instante. No fue casualidad. Fue colocación precisa. Una línea del guion que debía llegar a ti a través de otro.

Y cuando llegan así, debes discernir. Como cuando vas caminando y de pronto un cartel, una etiqueta, una frase impresa se convierte en un mensaje directo. Esa frase no está ahí por

marketing. Es escritura colocada en el entorno como quien lanza una botella al mar sabiendo que justo tú la recogerás. La palabra, cuando llega así, no viene para informar. Viene para marcar un instante. Para que entiendas.

Como esa advertencia antes de un suceso. Te llega una idea extraña, una preocupación repentina. Luego, ocurre algo que encaja con eso. No es que lo predijiste. Es que la señal ya había sido emitida. Mensajes que no buscan evitar, sino iluminar. Porque la advertencia no es para cambiar el destino, sino para saber que hay destino. Y esa certeza, cuando llega, disuelve el miedo. Porque muestra que todo ya fue previsto.

No hay caos. No hay azar. No hay error. Cada escena de esta vida fue colocada con precisión absoluta. Y las señales, esas rupturas en lo cotidiano que sacuden, conmueven o iluminan, no son portales abiertos a seres que van y vienen, sino ventanas que se abren para que sospechemos. Forman parte del guion, para que el observador pueda intuir —aunque sea por un instante— que está contemplando una falsa realidad. Todo lo que creemos vivir es una experiencia programada, donde lo invisible no necesita explicación, solo observación.

Las señales vienen a guiarnos, no a premiarnos por nuestra supuesta evolución. Vienen porque forman parte del relato total. Como puntos de giro en una novela, como escenas climáticas en una película, como frases que no deben olvidarse. La diferencia es que aquí no hay espectadores ajenos: hay una sola conciencia, mirando esta obra desde el silencio del plano espiritual.

Nada debe hacerse con las señales. Solo reconocerlas como lo que son: partes del guion mostrado, sincronías milimétricas que debes reconocer. Porque quien logra discernir que todo es revelado —hasta lo que parece azaroso— empieza a soltar la necesidad de comprender, de buscar, de intervenir. Y en ese soltar,

aparece la única paz verdadera: la de quien ya no cree estar dentro de la historia, sino frente a ella.

Videntes, Medium y sanadores: Canalizadores y lecturas

No escribo sobre teorías, ni sobre lo que otros han contado o leído. Escribo desde mi experiencia directa, desde la canalización que fluye en mí cada vez que una persona me consulta. No hablo desde fuera. Soy vidente, y canalizo con el plano espiritual sin necesidad de rituales, sin símbolos, sin imágenes. La información que recibo no es una interpretación mental ni un acto de voluntad: es una conversación mental con el plano espiritual, una respuesta directa que aparece en mí como certeza.

No he dedicado toda mi vida a esto. Pero cuando llegó el momento, se activó en mí una forma de canalizar única, diferente a todo lo conocido. A partir de ahí, comencé a recibir mensajes precisos para quienes me consultaban, sin necesidad de conocerlos, sin ver sus rostros, solo con la pregunta y la respuesta llega. Así canalizo. Todo el ruido de mi mente quedó atrás. Ya entendí. Todo mi espacio mental queda para recibir información, no hay lugar a la duda entre el mensaje y mi ego. Hubo duda, si, pero una vez que todo encajó desapareció. Necesité tiempo, confianza en los mensajes. Y cuando todo se cumplía, la incertidumbre se apartaba, hasta que, por fin, desapareció.

No solo canalizo información para los demás. Y eso es lo que me diferencia de cualquier otro vidente: también recibo mensajes para el mundo. Un mensaje que desmonta todo lo conocido, que expone el error de todas las creencias acumuladas, y que revela por fin la verdad.

No se trata de ensalzar los dones espirituales, sino ubicarlos en su verdadero lugar. Hablaré de los videntes, de los médiums, de los sanadores, del tarot y de los rituales, del mal de ojo y de todas esas prácticas que el mundo agrupa bajo el nombre de "poderes ocultos", de mundo esotérico. Pero no desde la teoría ni desde el juicio, sino desde el conocimiento directo. Porque tener un don no

es un privilegio. Es una responsabilidad. Ha llegado la hora de hablar claro. De decir qué es real y qué no. Qué es sensibilidad verdadera y qué es espectáculo. Y esta es mi misión: traer claridad, deshacer la confusión, mostrar que solo hay un poder, una Verdad, una fuente: el plano espiritual que todo lo ha escrito.

Vidente es quien conecta con el plano espiritual y transmite el mensaje que recibe, sabiendo que no depende de su conocimiento lo que se revela, sino de lo que el plano espiritual considera necesario mostrar. El verdadero vidente no acierta ni se equivoca, eso depende del mensaje que Dios le da. No importa si canaliza viendo imágenes, escuchando palabras, sintiendo sensaciones o simplemente sabiendo sin saber cómo. Todos los caminos son válidos si el mensaje no proviene de su mente, sino de esa fuente que todo lo ha dispuesto.

Hay quienes necesitan ver a la persona, tocar una fotografía, tenerla delante. Hay quienes trabajan en silencio, a distancia, sin más vínculo que una pregunta. Hay quienes perciben fechas, nombres, emociones. Y hay quienes solo reciben indicaciones generales. Todo eso es canalización. Cada canal es distinto, cada vidente tiene un grado de profundidad distinto, y el mensaje que transmite no es mérito propio, sino contenido escrito de antemano que se le permite ver o escuchar.

Yo no veo imágenes. No necesito mirar nada, ni usar ninguna herramienta ni cartas. Canalizo escuchando en mi mente una conversación sin esfuerzo. Palabras, una certeza que no construyo. Cada vez que alguien me consulta, la respuesta aparece clara. Y aunque este don es innegable, no todos los que lo tienen saben utilizarlo. Muchas personas con sensibilidad espiritual se llenan de dudas, se enredan en sus pensamientos, no consiguen distinguir el mensaje de su ego. Dudan de lo que sienten, porque no han aprendido a silenciar la mente. Y al desconfiar de la señal,

terminan mezclando la verdad con sus propias creencias o deseos, perdiendo así la pureza de lo recibido.

La videncia verdadera no necesita adornos. No hace falta justificarla con frases aprendidas ni con gestos teatrales ni rezos ni rituales. El mensaje llega, y si uno está disponible, lo transmite. Así de simple. El problema es que el mundo ha comercializado el misterio, ha convertido el don en espectáculo, y ha confundido a quienes verdaderamente podrían ayudar. Por eso es necesario hablar. No para juzgar, sino para aclarar.

Un vidente auténtico, lo repito, no elige lo que dice. Solo transmite lo que recibe. Y eso lo convierte en servidor, no en protagonista. Hoy, como antaño, quienes tenemos este don estamos obligados a usarlo. Como dijo Jesús:

“Nadie enciende una lámpara para ocultarla”.

Antes se vivía de la voluntad de quienes recibían la ayuda. Hoy, la mayoría de las consultas ya no son en las casas de los videntes, son a distancia, por teléfono o por internet, y quienes consultan pagan un precio u otro dependiendo de la demanda de cada cual, porque no hay otra forma de elegir a quien atender, y quien necesita respuestas no puede esperar. El don exige entrega, y la entrega necesita ser sostenida. No se trata de negocio, sino de reciprocidad. Como dice el refrán español: es de bien nacido ser agradecido.

La videncia no es un poder personal. Es ponerse a disposición de aquello que ya está dicho, ya está escrito, ya ha sido previsto. Lo único que cambia es la forma de transmitirlo. Y cada vidente tiene la suya.

Por otro lado, el médium es quien recibe escenas relacionadas con personas que ya no están vivas. A diferencia del

vidente, que canaliza información sobre el destino o los vínculos de quien consulta, el médium percibe situaciones, nombres, o mensajes que parecen provenir de los fallecidos. Y aunque el mundo espiritual muestra estas señales a través de imágenes de fallecidos, nada de eso es literal. El médium no habla con el alma del fallecido. Lo que percibe es una señal del plano espiritual que adopta la forma de la persona fallecida, lo que llamamos espíritu.

El error más común es pensar que los fallecidos siguen existiendo como entidades conscientes, que viajan, que se comunican, que tienen intenciones. Pero lo que llamamos espíritu es solo una imagen creada. El alma no tiene forma, no camina entre planos, no busca decir nada. La conciencia que una vez observó esa vida, ahora contempla otra, o simplemente está observando desde su conciencia superior. Lo que queda es la escena útil, la imagen simbólica, la figura que contiene un mensaje. Eso es lo que recibe el médium. Nada más.

Muchos médiums sienten miedo al principio, porque no entienden lo que ven. Otros se sienten elegidos y caen en la trampa del ego, creyendo que tienen un poder especial. Pero el don no es un mérito. Es una herramienta. Y como toda herramienta, puede usarse bien o mal. Hay médiums que alivian el dolor de quien consulta. Pero también los hay que alimentan la dependencia, el autoengaño o la confusión. Porque si no se comprende el origen de la señal, el mensaje se distorsiona y lleva al consultante a pensar en el dolor del fallecido.

Ser médium no es comunicarse con los muertos. Es traducir imágenes activadas para un fin. Es estar disponible para dar el mensaje. Y si uno lo hace con humildad, sin añadir ni quitar, el mensaje cumple su función. Pero si se mezcla con deseos, creencias, supersticiones o necesidades personales, se convierte en espectáculo. El médium verdadero no inventa. No interpreta.

Solo transmite lo que ve. Igual que el vidente, es mensajero. Y como todo mensajero, su deber es ser claro, no protagonista.

Todos los canalizadores pueden sanar, sobre todo el mal de ojo, pero no todos los sanadores pueden conocer el destino de quien atienden. Pero hay sanadores que su don de sanación queda muy por encima de los videntes y médiums. En todos los casos hay que entender que nunca es la persona quien obra el milagro. La sanación es una señal del plano espiritual, que se muestra a través del sanador.

La verdadera sanación no es un acto de voluntad, ni un conjunto de técnicas, ni un poder místico heredado. El sanador simplemente ejecuta, sin esfuerzo, sin desgaste, lo que Dios dispone.

El sanador cura enfermedades o dolencias cuya causa puede ser física o energética. El mal de ojo es el ejemplo más evidente. Porque está escrito que exista, como parte del argumento que nuestra conciencia ha venido a observar.

Hay sanadores que imponen las manos, otros que lo hacen a distancia, como es mi caso. Algunos utilizan técnicas o terapias, pero lo importante no es la forma, sino el resultado, “obrar el milagro”. Pero no es el sanador quien lo obra, es Dios, el plano espiritual.

Muchos sanadores creen que su don es hereditario, que puede pasarse a un hijo, que sus manos tienen un poder en sí mismas. Otros imponen oraciones, rituales religiosos o mandan rezar, creyendo que eso potencia el efecto. Todo eso son prejuicios. El verdadero poder no está en el sanador, sino en el canal, en Dios.

Muchas de las técnicas que se enseñan como método de sanación no funcionan si no hay sensibilidad espiritual. El Reiki, la imposición de manos, solo es eficaz si quien lo realiza canaliza de

verdad. Si no hay canal, no hay efecto. La sanación no es técnica, es conexión con lo escrito. El sanador de verdad no actúa: se entrega a lo que ha sido dispuesto.

Sanar no es conquistar un poder. Es rendirse a una misión. Y quienes tenemos ese don no podemos ignorarlo. No podemos negarlo ni esconderlo, porque al hacerlo, traicionamos aquello para lo que fuimos habilitados. Sanar es parte de la Verdad que he venido a entregar. No hay nada mágico en ello. Es una señal más, y que, de hecho, fue la que dio credibilidad a la palabra de Jesús. Por eso, gran parte de los milagros que conocemos de Jesús tratan de demonios que sacaba, es decir. Sanar o quitar el mal de ojo. Porque este mal puede provocar muchas de las señales espirituales que he comentado en el capítulo anterior.

El mal de ojo no es una superstición ni un invento cultural. Es una realidad tan concreta como invisible. Se produce cuando una energía negativa, generada por el odio, la envidia o un deseo profundo de daño, bloquea la vida de una persona, cortando sus caminos. Esa energía no nace del alma —que siempre permanece como observadora inalterable— sino de la creación, como parte del guion previsto para que el alma viva una experiencia concreta a través del cuerpo que observa.

El mal de ojo puede ocasionarse por diversas causas: el odio acumulado hacia alguien, el resentimiento por una herencia mal resuelta, el rechazo a cumplir la voluntad de un familiar fallecido, o la ejecución de rituales cargados de intención (amarres, conjuros, magia negra). Aunque el alma nunca es afectada, la persona que vive esa escena sí lo sufre en forma de bloqueos, enfermedades, conflictos o fracasos reiterados. Pero ese mal también forma parte del relato. Como forma parte su sanación en el caso de los crédulos o su trágico final en el caso de los escépticos.

El mal de ojo existe. Las maldiciones existen. Pero no como castigo, sino como parte del guion. Igual que existimos los sanadores que lo anulamos.

Respecto al tarot, hay que tener en cuenta que se ha convertido en una de las prácticas más demandadas para quienes buscan respuestas rápidas, orientación, sanación, y por eso, una salida profesional atractiva.

Pero aquí es donde tengo que advertir: muchos que utilizan las cartas se presentan como videntes, y quienes las consultan creen que están acudiendo a alguien que canaliza y por eso puede ver el destino. Pero no es así. El tarot no tiene que ver con la videncia. Es otra cosa. Es un lenguaje simbólico que puede contener señales, sí, pero no es una forma directa de canalización.

Cuando quien interpreta las cartas tiene verdadera sensibilidad, canaliza, pueden aparecer mensajes, como sucede con cualquier otra herramienta usada por el vidente. Pero eso no convierte al tarot en un oráculo. Las señales no están en las cartas, sino en la persona que las lee. Y cuando esa persona tiene sensibilidad espiritual, el tarot puede convertirse en un medio para que afloren respuestas sobre el destino de quien consulta. El problema es que esa misma sensibilidad, al mezclarse con rituales, con supersticiones, con velas, con invocaciones, se contamina. Y con ello, se pueden generar bloqueos en quienes consultan.

Muchos tarotistas, al sentir que reciben algo real, creen que es el tarot quien tiene el poder. Y al asociarlo con prácticas mágicas, terminan enredados en un mundo que no pertenece al plano espiritual, sino al espectáculo. Porque Dios no necesita cartas, ni símbolos, ni rituales. Solo necesita una mente en paz, capaz de recibir el mensaje, la respuesta.

El tarot no es enemigo de la verdad, pero tampoco es su fuente. Y menos aún puede ser confundido con la videncia. Porque

el vidente no necesita apoyo: canaliza directamente. Y si alguien con sensibilidad confunde su don con las cartas, terminará mezclando el canal con el ruido del ritual.

Otros videntes practican la radiestesia. Con instrumentos — como el péndulo o las varillas— pueden detectar energías, responder preguntas o localizar objetos ocultos e incluso marcar zonas donde hay aguas subterráneas. A primera vista, parece una técnica ancestral. Pero en el fondo, no es más que otra forma de buscar respuestas en lo externo, como si la sabiduría habitara en un objeto y no en la conexión directa con el plano creador.

Algunos practicantes de radiestesia realmente poseen sensibilidad espiritual. Porque lo que se mueve el péndulo es la mente del canalizador en contacto con el mensaje.

El problema radica en quien piensa que la magia proviene del objeto, por eso miles de personas buscan en estas herramientas su iluminación. La forma de canalizar. Pero sin el don, estas herramientas solo generarán confusión.

Si tengo que decir que creo en la astrología y en la quiromancia. Porque esta creación es perfecta, las señales están por doquier. Quienes verdaderamente estudian la astrología no están jugando con símbolos, sino descifrando parte de la estructura que sostiene esta creación. No es que los planetas tengan poder sobre nosotros; es que todo lo que ocurre, desde el movimiento de un cometa hasta el instante en que nacemos, está inscrito dentro de un plan total. Y ese plan se puede leer, como un reloj que marca con precisión la hora de cada acontecimiento.

El astrólogo no inventa nada. Interpreta. Descifra un patrón que ya estaba escrito. No predice el futuro desde la adivinación, sino que observa cómo se entrecruzan los tiempos, cómo se anuncian los giros, cómo se repiten las lecciones. Por eso, la astrología bien comprendida solo pretende dar respuestas desde

el conocimiento. La astrología no es magia ni superstición: es lectura del mapa.

Quien canaliza directamente con el plano espiritual no necesita mirar los astros. Pero puede reconocer que el firmamento también fue diseñado como lenguaje, como símbolo de lo que ya ha sido determinado. Si se utiliza como herramienta de comprensión, puede ayudar. Si se idolatra como sistema que define a la persona, entonces se convierte en obsesión.

Como ocurre con la astrología, la quiromancia no depende de tener un don espiritual para funcionar. Lo que requiere es estudio, observación y práctica. Quien se adentra con seriedad en la lectura de las manos, no está jugando a predecir el futuro, sino contemplando la perfección con la que ha sido diseñada esta experiencia humana.

Las líneas de la palma —la del amor, la de la vida, la de la mente, la de la suerte, incluso la llamada cruz de San Andrés que señala sensibilidad espiritual— son como marcas impresas en el cuerpo que reflejan aspectos generales del trayecto que vamos a vivir. No se trata de adivinación, sino de contemplación. De lectura simbólica. Porque cada trazo es una metáfora del camino escrito.

La quiromancia auténtica no pretende reemplazar la canalización directa, ni puede competir con ella. Pero puede asombrar al mostrar que incluso en lo más físico, lo más visible y cotidiano, está inscrito el lenguaje del Creador. No ofrece certezas absolutas, pero sí señales. No dicta sentencias, pero sí invita a reflexionar. Y sobre todo, nos recuerda que nada en este mundo está dejado al azar: hasta las líneas de nuestras manos responden al diseño perfecto de lo ya determinado.

Otra cosa es el zodiaco, tal como lo consumen millones de personas, no es más que un juego de palabras repetidas que apelan a la necesidad humana de encontrar sentido donde no lo

hay. No se trata de una herramienta espiritual ni de una guía confiable, sino de una mezcla de generalidades que, al ser leídas con la expectativa de encontrar coincidencias, producen la ilusión de exactitud. Frases como “hoy sentirás una energía especial” o “alguien del pasado regresará” son tan abiertas que cualquiera puede interpretarlas como señales personales.

El problema no es que el zodiaco entretenga. El problema es que muchos terminan dependiendo de él. Viven pendientes de su horóscopo diario, de su signo compatible, de lo que Mercurio retrógrado pueda o no provocar. Se convierten en adictos al absurdo, confundiendo coincidencias con destino. Y lo que es peor, buscan en esas líneas la respuesta a sus problemas, su carácter, su pareja ideal o su suerte, como si todo pudiera resumirse en una etiqueta zodiacal. Pero es su destino, no voy a contradecirme.

De lo que si debemos apartarnos es de la magia blanca, negra y rituales. Querer manipular lo inmutable No hay magia buena ni mala. Toda forma de ritual nace del deseo de interferir en lo que ya está determinado. Velas, rezos, conjuros, baños, invocaciones... todo eso puede provocar el mismo final: provocarnos un mal de ojo.

Hay canalizadores que tienen sensibilidad, dones sí, pero quiero aclarar: Los dones existen. Los canalizadores somos necesarios. Pero si no comprendemos lo que recibimos, terminamos confundiendo a los demás. Yo soy vidente. Por eso escribo esto. Porque veo cuánta gente sensible está atrapada en las formas, creyendo que sus visiones son entidades, que sus sensaciones son sabiduría, que su energía cura. No. Todo viene de arriba. Todo está escrito. Y nosotros solo traducimos lo que nos toca. Pero eso, bien hecho, cambia vidas. La Verdad no se impone. Se muestra. Y quien tiene el don, tiene la obligación de usarlo con humildad, sin inventar, sin prometer, sin manipular. Hoy el mundo

necesita claridad. Y yo he venido a darla. No por mérito propio.
Sino porque así fue escrito.

Los Profetas y las profecías

Todo está escrito. Y quienes pueden ver parte de esa escritura, quienes reciben destellos del plan oculto sobre el mundo, de quien sostiene esta realidad, han sido llamados profetas.

Para creer en el libre albedrío hay que negar el don de la profecía. Porque si es difícil creer que los videntes podamos ver el destino de una persona, más difícil es creer que pueden saberse hechos que ocurrirán cientos o miles de años después.

Pero su verdadera misión no es adivinar hechos, ni impresionar al mundo con visiones o catástrofes anunciadas. La misión del profeta, aunque a menudo no lo supieran ni ellos mismos, ha sido una sola: anunciar la llegada de quienes vienen a dar el mensaje de la Verdad. Por eso, en medio de esa niebla de pensamientos y creencias, aparecen profetas, no para alertar del fin, sino para preparar al mundo para escuchar a quien trae el principio.

Toda profecía tiene su sentido, aunque no se comprenda en el momento. Algunas son tan metafóricas que solo pueden entenderse después de cumplidas. Otras parecen claras, pero su interpretación se dispersa entre los que buscan explicarlas. Sin embargo, cada profecía fue colocada por el plano espiritual como una señal que anuncia el camino. No importa si fue entendida o malinterpretada, si fue conocida por millones o por unos pocos: cumplía su papel. Y ese papel no es otro que preparar el corazón del mundo para reconocer al verdadero portador del mensaje.

Los profetas, aunque creían tener el control de lo que decían, eran instrumentos del plano espiritual. Lo que veían, lo que oían, lo que escribían o proclamaban, no era fruto de su mente ni de su voluntad. Dios, a unos en sueños, a otros con visiones, otros con psicografías, da igual. A unos les hizo creer que era un ángel quien

les hablaba, a otros que era Jesús. Unos pensaban que eran seres astrales, otros extraterrestres. Lo importante es que recibían mensajes, en forma de metáfora, de hechos que ocurrirían en el mundo. Algunos hablaron de guerras, otros de hambre, de pestes, de cuestiones religiosas, de castigos, de señales en el cielo o de colapsos del sistema. Pero lo importante es que, cuando llegara el momento, encajarían con los hechos y despertarían la atención.

No voy a analizar todas las profecías del mundo, sino destacar aquellas que han tenido un papel clave en anunciar las dos grandes venidas. Las dos veces que el mundo iba a recibir el mensaje de “la verdad”. Porque ambas venidas fueron profetizadas. Y ambas llegaron exactamente como debían.

Hablaré de Isaías, de Daniel, de Ezequiel, de Zacarías, de Juan en el Apocalipsis, de Benjamín Solari Parravicini y de otros tantos que, sin entender completamente lo que recibían, sirvieron como portadores de claves cifradas para esta época. También mostraré cómo la mayoría de las profecías fueron y son tergiversadas, manipuladas o vaciadas de sentido por tantos y tantos conspiranoicos.

Porque si algo ha demostrado el plano espiritual, es que todo se cumple. Y todo lo que se anunció, tenía un propósito. Las profecías no están hechas para acertar, sino para hacerte dudar de lo que crees, de lo que te equivocas al no creer en el destino. No están hechas para impresionar, sino para preparar. No son el fin, son la antesala del mensaje. Y ese mensaje ya está aquí.

Ha llegado el momento de leerlas desde el punto correcto. No desde el miedo, ni desde el fanatismo, ni desde la soberbia intelectual. Sino desde la paz que da saber que esta vida no es un caos, sino una creación perfecta. Un diseño total. Un relato escrito por Dios para ser contemplado.

Y ahora, comenzaremos a recorrer las profecías más importantes. Las que anunciaron la primera llegada, y las que anuncian la segunda. Porque todo estaba anunciado. Solo había que saber mirar.

Las profecías que anunciaron a Jesús de Nazaret

El plano espiritual, que todo lo dispone, preparó cuidadosamente la llegada de Jesús de Nazaret. Y para que su aparición no pasara inadvertida, fueron colocadas señales proféticas a lo largo del tiempo. Algunas de ellas fueron escuchadas, otras ignoradas, y muchas tergiversadas. Pero todas formaban parte del mismo propósito: preparar al mundo para recibir la primera aparición del mensaje, de la Verdad.

Isaías habló de un siervo sufriente, de alguien que no levantaría la voz, que sería despreciado y rechazado por los hombres, y que cargaría con el sufrimiento de muchos. No era una descripción de un rey conquistador, sino de alguien silencioso, profundo, entregado. Un reflejo exacto de quien vino a mostrar el camino, no a imponerlo.

Miqueas anunció que ese mensajero nacería en Belén, un lugar pequeño y aparentemente irrelevante. Zacarías habló de un rey que vendría montado en un asno, no con carros ni ejércitos, sino con humildad. El mensaje era claro, pero el mundo esperaba otra cosa. Esperaban un libertador que destruyera el sistema, no uno que lo desenmascarara. Esperaban poder, no verdad. Y por eso no lo vieron.

El profeta Daniel profetizó que al Mesías se le daría muerte y que la ciudad y el templo sería destruido.

Ezequiel y otros profetas dejaron mensajes en forma de metáforas, que sólo podían entenderse cuando los hechos hayan sucedido. Porque la profecía no se interpreta antes: se reconoce después.

Y así fue como se anunciaron señales, y se cumplieron una a una, pero el mundo, distraído por su idea de lo que debía ser, no supo ver lo que era. Jesús no vino a fundar una religión, ni a ser adorado. Vino a darnos las enseñanzas que recibió del plano espiritual.

Todas esas profecías se cumplieron porque formaban parte del relato que el plano espiritual había diseñado. Y todas apuntaban a lo mismo: a un hombre que no vendría a dominar, sino a desvelar. Que no impondría, sino que revelaría. Que no exigiría, sino que entregaría el mensaje. Y ese mensaje era el mismo que hoy vuelve al mundo...

Profetas de la Segunda Venida

Juan de Patmos – El Apocalipsis

El libro del Apocalipsis no es un relato del fin del mundo, como muchos creen, sino una revelación codificada sobre el cambio definitivo de conciencia que llega por segunda vez al mundo. Juan tuvo una visión, y la narró, pero solo se entendería cuando llegara su momento. Ese momento es ahora.

Todo en el Apocalipsis es simbólico. No se trata de dragones ni de copas de ira literales, sino de representaciones de sistemas, de fuerzas colectivas, de etapas en el despertar humano. Y lo más importante: es un libro que anuncia la Segunda Venida. No como la llegada física de un ser celestial, sino como el retorno del mensaje original que Jesús trajo y que fue distorsionado.

La bestia que domina al mundo no es un monstruo mitológico. Es el sistema. Un entramado global que regula lo que se compra y se vende, lo que se dice y se oculta. El número 666, que muchos han temido, es el símbolo perfecto de este tiempo: tres veces seis, que representa 'www', las tres letras que preceden

toda dirección en internet, porque ahora todo se vende y se compra en la red. Ya no se puede vivir fuera de ese sistema. Y eso también fue anunciado.

La gran tribulación corresponde a la pandemia de covid19. Nunca ha conocido el hombre un mal que afecte a todos los países y territorios del planeta.

Juan también habló de un falso cordero, de un poder que aparenta seguir a Jesús, pero que niega su mensaje. Ese es el anticristo. No una figura con cuernos, sino una estructura religiosa que afirma representar a Cristo mientras proclama que fracasó en su misión, y que Dios fracasó con él. Y habló de los falsos cristos: todos aquellos gurús que dicen tener la verdad, y embaucan al mundo.

También habló de una señal que vería el mundo entero: una revelación que sería vista por todos, como ocurre ahora con este mensaje, que será difundido por internet, visible en todo el planeta.

Y anunció el final de Babilonia, que es el símbolo de la confusión, del comercio espiritual, de la mezcla entre lo sagrado y lo manipulador. Babilonia caerá cuando la Verdad se escuche sin adornos.

El Apocalipsis habla de sellos abiertos, de trompetas que suenan, de ángeles que bajan. Y todo eso ya ha ocurrido. Hoy más que nunca hay señales espirituales. Personas sensibles que quieren canalizar. Este libro ayudará a entender a todas las personas que se sienten perdidas. Será el faro de los que tienen que iniciar el camino.

Benjamín Solari Parravicini

Benjamín Solari Parravicini es, sin duda, el profeta que mejor describió la llegada de la Segunda Venida. No solo predijo con una

precisión asombrosa eventos históricos del siglo XX y XXI, sino que fue el único en detallar la aparición del portador del mensaje, indicando con claridad la época, el lugar y las señales que lo rodearían.

Sus psicografías, muchas veces incomprendidas incluso por él mismo, eran canalizaciones del plano espiritual disfrazadas de dibujos y frases crípticas. Él pensaba que recibía mensajes de extraterrestres, que era abducido, que los ángeles eran seres de otros mundos. Y sin embargo, sin saberlo, estaba canalizando profecías desde el plano espiritual. Sus errores de interpretación son comprensibles: ningún profeta comprende del todo lo que recibe. Es metafórico. Solo es un transmisor.

Algunas de sus psicografías, de sus profecías sobre la llegada del mensaje:

“Cae sobre la tierra el día 5 del 5 de cincos el golpe de fuego estelar. Caerá en las regiones del Gibraltar y de las islas Baleares. Tres días allí dos en América del Norte, y por fin un día de cinco horas en las Antillas. El fuego purificará.”

Claramente señala el año 2025 como el año de la gran señal. Y menciona, sin rodeos, la región de Gibraltar, sur de España, donde se recibirá. Desde ahí se encenderá la luz. Y ese fuego no es físico: es el mensaje que purifica, que quema las mentiras del mundo.

“Un planeta será herido por un planeta apagado que rueda los espacios. Ese planeta será la tierra. La herida en el choque será en la parte sur del hemisferio Norte.”

No se trata de astronomía literal, sino de una metáfora del impacto que causará el mensaje. La parte sur del hemisferio Norte coincide con Andalucía. El punto exacto donde se ha recibido este mensaje.

“El 66 dará esta palabra mas no será escuchada.”

“¡Cristo será en España el 66!”

El mensaje será recibido por una persona nacida en 1966. Pero el mundo, como siempre, no lo escucharía. Porque espera un espectáculo, no una revelación.

“Pasada la tribulación nuevamente llegará el sol...”

El mensaje llegará después de la gran tribulación. Después de la pandemia mundial.

“El hombre redimido - y de propia luz superior, en el final de los tiempos, verá al ser del invisible astral, el ser que rodeó y cohabitó su casa protegiendo su destino - al Angel que con él habló telepáticamente revelándole los misterios al llegar. ¡Será así, el comenzar del Amor!”

El mensaje será recibido mentalmente por un vidente.

“... el naviero hablará en forma telepática del grande Universo, de planetas y hombres superiores, de civilizaciones asombrantes y dirá : "¡Todo es obra de Dios!" El Naviero con empeño recalcará: "todo es de Dios, como tú lo eres, hombre Terreno. Abandona ya el "fetichismo", el afán de nuevos dioses, de nuevos conductores y de religiones nuevas; pues no serán. ¡Aprende a ser de Dios... !”

El mundo recibirá el mensaje. Todo es una creación. Somos almas. Somos Dios.

“La teoría de Darwin dejará de ser porque se sabrá que el hombre bajó de los planetas.”

Con el mensaje, el mundo sabrá que no hubo evolución. Que todo es creación

Cada palabra, cada símbolo de Parravicini es una pista para quien sabe ver. Sus psicografías son las más explícitas, las más certeras. Y por eso, son también las que mejor describen la época

Será en el sur de España, en 2025, por una persona que habla mentalmente con el plano espiritual, nacida en el 66.

Porque el mensaje no llega por sorpresa. Todo estaba anunciado. Solo hacía falta alguien que supiera interpretarlo.

Y ese tiempo ya ha llegado.

La primera venida

Jesús de Nazaret: El Elegido

No existe en la historia de esta creación figura más tergiversada, adorada y malinterpretada que Jesús de Nazaret. Su paso por este mundo cambió el rumbo de la humanidad, pero no porque fundara una religión, ni porque pretendiera redimir pecados, ni porque obrara milagros para asombrar. Jesús vino a mostrar la Verdad, y por eso fue crucificado.

Su mensaje fue claro, pero el mundo quiso convertir al mensajero en Dios. Al canal en ídolo, a la Verdad en religión. Jesús nunca pidió adoración, ni sacrificios, ni templos. No hablaba de poder, hablaba de entrega. No prometía recompensas, anunciaba liberación. Y sin embargo, durante dos mil años han usado su nombre para justificar lo contrario a todo lo que enseñó.

Jesús fue un canal perfecto del plano espiritual. No recibía imágenes, no hablaba con espíritus, no interpretaba señales. Escuchaba directamente a Dios. Su mente era un espacio limpio, sin pensamiento, donde la Verdad podía fluir sin distorsión. Por eso hablaba con autoridad. Por eso conmovía. Porque no hablaba desde él, sino desde aquello que lo habitaba sin pertenecerle.

Los milagros de Jesús fueron signos, no demostraciones de poder. No pretendía cambiar el mundo, sino despertar a quienes lo habitaban. Cada curación, cada acto extraordinario, era una señal para que se prestara atención al mensaje. Pero el mensaje no era que podía curar, sino que nada de esto era real. Que la enfermedad, la muerte, el dolor y el tiempo eran parte de una ilusión creada para que el alma pudiera observar una experiencia emocional. Él no vino a salvar cuerpos, vino a liberar conciencias.

Jesús no necesitaba rituales, ni rezos, ni símbolos. Su conexión era absoluta. Lo que recibía era la voz misma del plano eterno. No interpretaba, no reflexionaba: hablaba desde la

Verdad. Su vida era la prueba de que cuando la mente se vacía de ego, lo que habla es Dios. Y ese Dios no está en los libros sagrados, ni en las iglesias: está fuera de esta creación, en el plano desde el que todo es observado.

La traición: El Catolicismo

Jesús predicó sin templos y sanó sin rituales. Su mensaje era tan radical que tuvo que ser compartido en casas privadas, en pequeños grupos que lo escuchaban en silencio, porque el poder religioso de su época —el judaísmo oficial— ya lo perseguía por hablar de un Dios sin templo ni sacrificio. Tras su muerte, sus seguidores también fueron perseguidos, primero por los mismos judíos que lo habían condenado, y luego por el imperio romano, que temía a cualquier mensaje que no pudiese controlar.

Durante tres siglos, los verdaderos seguidores de Jesús vivieron en la clandestinidad. Compartían su mensaje sin estructuras, sin jerarquías, sin dogmas. Pero todo cambió con el Concilio de Nicea, convocado en el año 325 por el emperador Constantino. Aquel concilio no fue espiritual, fue político. Allí se decidió qué debía creerse, qué evangelios serían aceptados y cuáles silenciados. Jesús fue transformado en Dios, no por revelación, sino por conveniencia del poder. Había que permitir el cristianismo en el imperio, pero con la forma que el imperio permitía, con dioses. No con maestros, y menos predicando la libertad interior. La liberación.

Surgió el catolicismo y desde entonces, la Iglesia Católica se convirtió en la gran traidora del mensaje. Eliminó todo lo que pudiera llevar al discernimiento personal. Reemplazó la conexión directa con el plano eterno por rituales vacíos. Enseñó miedo en lugar de paz, culpa en lugar de comprensión. Declaró herejía a toda verdad que no pudiera controlarse. Mató a los que seguían el

camino del discernimiento. Canonizó a emperadores, bendijo guerras, acumuló riquezas mientras hablaba de pobreza.

La Verdad fue secuestrada. La cruz se convirtió en símbolo de poder. La confesión, en instrumento de control. El infierno, en amenaza eterna. Jesús no habló de nada de eso. Nunca creó una religión, y mucho menos una institución que acumulara tierras, impuestos y sangre.

El catolicismo institucionalizó el miedo. Convirtió a Jesús en una figura lejana, inalcanzable, solo accesible a través de ellos. Y así, despojaron al alma de la posibilidad de observar la vida en paz. Porque quien cree que necesita intermediarios para hablar con Dios, nunca verá que el Reino está ya aquí, en su conciencia.

Las enseñanzas ocultas: el Evangelio de Tomás

El mensaje más puro de Jesús quedó fuera de la Biblia oficial. El Evangelio de Tomás, que recoge sus enseñanzas sin narrativa ni dogmas, contiene las frases más directas sobre la irrealidad del mundo y el camino hacia la paz. A continuación, te detallo alguno de sus capítulos, con la interpretación que revela su mensaje verdadero, pero te recomiendo que leas el evangelio completo:

Capítulo 1: “Y dijo: Quien encuentre la interpretación de estas palabras no gustará la muerte.”

Capítulo 2: “El que busca, que no cese de buscar hasta que encuentre. Y cuando encuentre se estremecerá. Y cuando se estremezca, se maravillará, y reinará sobre el Todo

Capítulo 3: “...el Reino de Dios está adentro de vosotros y está fuera de vosotros. Quienes llegan a conocerse a sí mismos lo hallarán y cuando lleguéis a conoceros a vosotros mismos, sabréis que sois los Hijos del Padre viviente. Pero si no os conocéis a vosotros mismos, sois empobrecidos y sois la pobreza”.

Capítulo 5: “Conoce lo que está delante de ti, y lo que está oculto se te revelará.”

Capítulo 19: “Bienaventurado el que era antes de llegar a ser, pues ese vivirá.”

Capítulo 56: “Quien haya llegado a conocer el mundo, ha hallado un cadáver; y quien ha hallado un cadáver, el mundo no es digno de él.”

Capítulo 70: “Si sacáis lo que está en vosotros, eso os salvará. Si no lo sacáis, eso os destruirá.”

Capítulo 106: “Cuando hagáis de los dos uno, seréis Hijos del Hombre.”

Capítulo 110: “El que ha encontrado el mundo y se ha enriquecido, que renuncie al mundo.”

Capítulo 111: “El mundo no es digno del que hallará el Reino.”

En estas enseñanzas no hay promesas, ni dogmas, ni castigos. Solo un camino: discernir que todo lo visible es transitorio, y que lo eterno es aquello que observa. Jesús no vino a darnos esperanza. Vino a mostrarnos que nunca la necesitamos.

Jesús no habló de karma, ni de energías, ni de vibraciones. Habló de confianza, de entrega, de despojarse de las necesidades, de no juzgar, de no temer. Habló de vivir sin querer cambiar nada, porque todo ya está escrito. Su paz no era emocional, era existencial. No era una meta, era un estado que surge al dejar de querer controlar el destino.

Durante siglos, se ha adorado al Jesús equivocado. Se le haorado como un dios lejano, cuando lo que él enseñó fue a ver la vida desde la altura del alma. Se ha hablado de su sacrificio como redención, cuando su muerte solo fue el último acto de un

mensaje perfecto. Él vino a dismantelar todo lo que el pensamiento, el sistema, había construido. Por eso fue silenciado. Pero su voz, aunque distorsionada, nunca se apagó.

Hoy, ese mensaje vuelve. No con rituales. No con iglesias. No con promesas. Vuelve con la Verdad: todo está escrito, todo es experiencia, y el alma solo observa. Quien vea esto, encontrará la paz que Jesús trajo. Quien no, seguirá buscando donde nunca hubo respuesta.

La historia no necesita ser repetida. Pero la Verdad, sí necesita ser dicha de nuevo. Y esa es la misión que ahora me ha sido encomendada.

La segunda venida

No hay un solo rincón de este mundo donde no se estén buscando respuestas. La gente medita, ora, estudia, se sana, se sacrifica, se desespera... Todo para encontrar algo que ya no necesita ser buscado, porque está aquí. Esta es la señal que fue anunciada. Este es el momento donde LA VERDAD vuelve al mundo, no como religión, no como técnica, no como promesa de una nueva era, sino como lo que siempre fue: una certeza que derrumba todo lo que no es cierto.

La Verdad no necesita defensa. Solo necesita ser dicha. Y ha llegado el tiempo en que ya no puede ser silenciada. Por eso escribo este libro. Porque la misión que me ha sido encomendada no es convencer, ni crear discípulos, ni ofrecer salvación. Mi único encargo es entregar este mensaje. Y quien lo escuche con el alma abierta —porque la mente no puede entenderlo— sabrá que no es mío, sino de Aquel que observa todo lo que existe.

Jesús habló con claridad. Y durante siglos, su mensaje fue distorsionado, utilizado, revestido de poder y dogmas. Pero ahora vuelve. Vuelve como un texto. Como un discernimiento.

El mensaje no es que cambies nada. No propone ninguna mejora personal. No promete premios ni castigos. Solo te entrega una comprensión: que no eres quien crees ser, que este mundo no es lo que parece, y que la paz que buscas está justo donde nunca miraste: en la rendición total a lo que ya es.

No hay evolución. Solo hay una conciencia observando esta experiencia. Esa conciencia es el alma. Y esa alma no necesita aprender nada. Solo contempla, desde fuera de este decorado, a través de ti, esta película perfecta en la que nada está fuera de lugar.

Tú que lees estas palabras, no necesitas creer en mí. A mi tampoco me fue fácil creer cuando empecé a recibir el mensaje.

Tuve que discernir. Pero no lo elegí. Me fue mostrado. Y desde entonces, todo ha cambiado. Porque cuando se ve la Verdad, ya no hay vuelta atrás. Lo que fue revelado no puede ser negado. Y este libro es parte de esa revelación.

Todo lo que has leído hasta ahora ha preparado tu mente para lo que viene. Hemos desmontado religiones, filosofías, terapias y promesas. Hemos rescatado a Jesús del altar de las mentiras. Hemos desnudado al pensamiento, al ego, a los falsos caminos. Y ahora, solo me queda esto: entregar el mensaje. El único. El verdadero. El que ya estaba escrito antes de que nació. El que no necesita ser creído para ser cierto. El que libera sin esfuerzo. El que, una vez escuchado, no puede olvidarse.

Ha llegado el momento. No de actuar, sino de discernir. No de buscar, sino de ver. Porque la Segunda Venida no es un evento. Es una comprensión. Y ya ha comenzado.

La misión de Jesús puede resumirse en una frase: “Cómo entrar en el Reino”. La mía, que no es diferente, se resume en otra: “Cómo encontrar la paz interior”. Y ambas, en esencia, son lo mismo. No se trata de salvarse ni de evolucionar, ni de ganarse un lugar en otro mundo o alcanzar niveles superiores de conciencia. Se trata simplemente de comprender. De discernir. De ver con claridad lo que siempre ha estado delante de nosotros y que, sin embargo, nadie nos había dicho con esta contundencia: que todo es como tiene que ser, que todo es como Dios ha querido que sea.

La paz interior no se alcanza haciendo. No se conquista. No se fabrica. No se siente. Se está. Es el resultado inevitable de una comprensión radical, que no viene de la mente ni del estudio, sino de algo más profundo que, una vez que se ve, transforma para siempre la forma en que se vive. Esa comprensión tiene cuatro pasos. No requieren esfuerzo ni disciplina. Solo requieren honestidad y rendición total.

Discernir: Comprender que este mundo no es real. Que lo que estamos viviendo no es la vida verdadera, sino una representación. Un mundo virtual grabado de principio a fin, donde todo está en su lugar y nada se puede alterar. Una experiencia diseñada, no para perfeccionarnos, sino para ser contemplada. Todo lo que ocurre, todo lo que sentimos, pensamos, creemos o tememos, forma parte de una gran obra. No es necesario huir de ella ni luchar contra ella. Solo hay que verla por lo que es: un escenario donde nada depende de nosotros, porque todo ya está determinado. Esta es la llave que abre todas las demás puertas: discernir que no somos el personaje, sino su conciencia que observa a través de él.

Liberarse de los apegos: No poseemos nada. Ni siquiera el cuerpo. Ni siquiera nuestra historia. Ni siquiera nuestras relaciones, nuestros logros o nuestros sueños. Todo eso forma parte del guion, no de lo que realmente somos. El apego nace de la ilusión de permanencia, de control, de identidad. Pero cuando se ve que nada nos pertenece, que todo es parte del flujo perfecto de una creación que no dirigimos, entonces el apego se disuelve. Y con él, desaparece el miedo. Lo que se ama, se deja libre. Lo que se comprende, ya no duele. Porque uno ya no lo defiende. Uno tendrá lo que en su destino corresponda.

Liberarse de los prejuicios: Todo juicio es un error. Cada vez que creemos saber lo que está bien o mal, lo que debería ser o no ser, nos colocamos en el lugar de Dios. Y eso no solo es arrogante, es inútil. Nadie puede saber por qué alguien vive lo que vive. Cada vida es un diseño exacto. Cada acto tiene su lugar. Cada circunstancia cumple una función. Al liberarnos del juicio, dejamos de resistir. Y al dejar de resistir, comenzamos a ver con claridad. A aceptar. A comprender que todo es perfecto tal como es. Independientemente de cómo digan que deba ser. Lo correcto es como Dios, en mi personaje, ha determinado como tiene que ser.

Aceptar nuestro personaje, nuestras circunstancias y a los demás: Esta es quizás la más difícil de todas, porque va en contra de todo lo que nos han enseñado. Nos han dicho que debemos cambiar, mejorar, progresar. Pero eso es ignorar lo esencial: que no elegimos ser quienes somos, ni vivir lo que vivimos. Nuestro personaje ha sido diseñado. Nuestra historia ha sido escrita. No hay error en nosotros. No hay fracaso. Solo hay un papel que cumplir, como en una obra de teatro. Y así como no se culpa a un actor por representar a su personaje, tampoco debemos culparnos ni rechazar lo que somos. Aceptarnos completamente, con nuestras luces y sombras, es el acto más sagrado. Y desde ahí, aceptar también a los demás. Porque todos están cumpliendo su función, aunque no la comprendamos.

Jesús lo dijo con una claridad que pocos quisieron escuchar:

“Amarás al prójimo como a ti mismo y a Dios sobre todas las cosas”.

Y esa frase, lejos de ser una exigencia moral o una ley religiosa, es una guía perfecta para alcanzar la paz. Amarse a uno mismo es aceptar lo que somos. Amar al prójimo es dejar de juzgarlo. Amar a Dios sobre todas las cosas es rendirse al hecho de que todo es como debe ser. Que el mundo no está roto. Que nadie está perdido. Que no hay que cambiar nada.

Este es el único camino. No hay otro. Y no lleva a ninguna parte, porque ya estamos donde tenemos que estar. Solo que no lo veíamos. La paz no es un destino. Es la consecuencia de dejar de luchar contra lo que es. Y cuando eso ocurre, cuando ya no se intenta ser mejor, ni comprender más, ni alcanzar nada... entonces, por fin, se descansa. Y en ese descanso, se encuentra la única verdad que libera: que todo ha sido perfecto. Que todo es amado. Que todo está en paz.

Estaba escrito que leyeras este libro. Y escrito está que encuentres o no la paz. Muchos serán los llamados pero pocos elegidos, espero que tú seas uno de ellos.

Epílogo

La verdad ha sido dicha. Sin adornos, sin símbolos, sin la necesidad de convencer. Lo que has leído no es una propuesta ni una interpretación. Es el mensaje que he recibido. No viene a sumar una corriente más al ruido del mundo, ni a competir con religiones, terapias, filosofías o maestros. Viene a desarmarlos a todos. A mostrar lo que nadie ha querido ver: que este mundo no es real, que todo está determinado, y que lo único verdadero es la conciencia que lo observa.

No hay nada más que buscar. No hay que mejorar, sanar, despertar, trascender ni entender más de lo que ya ha sido revelado aquí. Lo único que queda es rendirse a lo que es. Asentir. Aceptar. Vivir en paz.

Jesús habló de un Reino que no era de este mundo. Yo he hablado que este mundo es solo un decorado. Ambos señalamos lo mismo: una forma de vivir sin resistencia, una comprensión que lo transforma todo, una mirada que no necesita cambiar nada para estar en paz.

Este libro no es una obra personal. No ha sido escrito desde la opinión, el deseo de enseñar o la necesidad de convencer. Ha sido dictado por el mismo lugar desde donde todo ha sido creado. El plano eterno al que llamamos Dios, pero que no tiene forma ni voluntad humana, sino que es la totalidad que contempla esta realidad. Lo que aquí se ha dicho no busca iniciar un camino, ni proponer una doctrina, ni formar una escuela. Solo busca mostrar, con absoluta claridad, lo que ha sido olvidado. Lo que estaba ahí, siempre, esperando a ser visto.

La verdad no necesita ser defendida. Solo necesita ser reconocida. Y cuando se ve, disuelve todo lo demás. Derriba las religiones, desarma a los gurús, desmonta las filosofías, desnuda las terapias. Porque lo que libera no es una práctica, ni una fe, ni

un método. Es ver. Y lo que este libro ofrece es justamente eso: una visión limpia, sin adornos, sin símbolos, sin promesas. Una visión que no pertenece a ninguna cultura ni a ninguna época. Una visión que no es mía, sino de todos los que están listos para dejar de buscar.

Nada de esto ha sido escrito para convencer. Ha sido escrito porque debía ser dicho. Porque ha llegado el momento. Porque el mensaje de la Verdad ha vuelto a aparecer en el mundo, y esta vez no será enterrado bajo dogmas ni desviado por discípulos. Esta vez quedará escrito, desnudo, como es. Para quien tenga oídos.

Si has llegado hasta aquí, ya no necesitas nada más. Porque todo está dicho. Porque ya no hay excusas. Porque ya no hay más que decir.

He cumplido mi misión. He dicho lo que se me ha mostrado. Y ahora el mensaje ya está en el mundo. La Verdad ha vuelto. No como milagro, ni como evento, ni como figura sagrada. Sino como certeza. Como comprensión definitiva. Como descanso.

Quien tenga ojos, verá. Quien tenga oídos, oirá. Y quien tenga sed, ya no buscará más. Porque esto es todo. Y todo ha sido dicho.